

LOTERIA

AGOSTO DE 1981
Nº 123

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE ADMINISTRACION

DIRECTOR:
RICARDO A. LINCE

REDACTORA:
NELLY E. RICHARD

APARTADO 1981
PANAMA, R. DE P.

LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

NUESTRA PORTADA:

LA GRAN ZANJA

Con motivo de celebrarse en el mes de Agosto un aniversario más de la apertura del Canal de Panamá, la Revista "LOTERIA", sensible a toda palpitación nacional, dedica su portada a recordar esta fecha conmemorativa, que reviste enorme trascendencia para la vida de la República y que es de gran significación en la historia de las comunicaciones marítimas.

A la altura de sus treinta y siete años el Canal de Panamá sigue cumpliendo impertérrito la misión de acortar distancias marinas y acercar más a hombres y pueblos de lejanos y distintos confines, uniéndolos por los intereses del comercio.

Pero podemos asegurar que la gran zanja, que fue factor preponderante y decisivo para dar a una Nación el poder y la hegemonía de un mundo, ha brindado, también, como justa compensación, los fundamentos económicos a la Nación panameña, o que ella sirvió acaso, para unir fuertemente los corazones panameños y norteamericanos bajo los mismos intereses que un destino común exigía?

Aún podemos, mediante una acertada política, revisar nuestras experiencias, y enmendar errores, para que en el futuro el Canal de Panamá, abierto para beneficio del mundo, sea también en muchos aspectos para beneficio de los panameños.

SUMARIO

	PAG.
PROPIEDADES MEDICINALES DEL LIMON.....	2
VIVIMOS BAJO LA AMENAZA DE LA ESCLAVITUD MENTAL.....	4
Por Bertrand Russell.	
EL VALOR DEL ESTUDIANTE.....	7
Por Joaquín Beleño G.	
LA SIFILIS: Enciclopedia Sexual.....	8
Drs. Costly y Willy.	
PRECONCEPTO BARBARO DE LA POLITICA.....	11
Por Julio R. Barcos.	
LA TOLERANCIA.....	12
Por A. de Carlo.	
MISION DE LOS ESCRITORES.....	13
Por Jaime Torres Bodet.	
FRACASADA.....	15
Por Carmen Pinos.	
POETAS PANAMENOS.....	16-17
PANAMA LA NUEVA Y LA VIEJA.....	18
Por E. J. Castellero R.	
CUENTO: EL DELANTAL.....	21
Por Angel María Vargas.	
EL SENTIDO DE LA JUSTICIA.....	23
Por Mateo Dillón.	
LA ALEGRIA DE VIVIR.....	24
Por O. S. Mardon.	
HORACIO QUIROGA.....	25
Por Emilio Abreu Gómez.	
LA LLUVIA.....	28
Por Rodolfo Cristobo.	
"NADA" -- Novela de Carmen Laforet.....	29
Por Francisco Javier Yanez.	
TALLEYRAND O LA INTELIGENCIA.....	32
Por Manuel García Morente.	

Propiedades Medicinales del Limón

- 1.—Tomando cada día jugo de limón se cura y evita el escorbuto.
- 2.—El limón combate afecciones de garganta y resfriados de todas clases.
- 3.—El limón conviene a los inapetentes. Tome el jugo de uno o dos limones antes de las comidas. Es un gran aperitivo, el mejor tónico.
- 4.—El limón es un poderoso depurativo, purifica la sangre en una corta temporada.
- 5.—El limón evita la vejez prematura, rejuvenece las células, la sangre y los tejidos.
- 6.—El limón calma los desequilibrios nerviosos, combate pesadillas e insomnios.
- 7.—El limón despeja el cerebro, produciendo una perfecta y clara manifestación del pensamiento y la inteligencia.
- 8.—El limón combate la piorrea, evita las caries, limpia y blanquea los dientes; conserva en buen estado las encías.
- 9.—El limón es anti diabético, destruye el azúcar en la sangre.
- 10.—El limón es un remedio eficaz contra la alta presión.
- 11.—El limón es un remedio infalible contra la gordura y obesidad; combate la hinchazón, la apariencia fofa y la morbidez. Destruye las adiposidades.
- 12.—El limón cura el dolor de estómago y su uso continuado lo evita. Quita los dolores de cabeza producidos por la mala digestión.
- 13.—El limón tomado continuamente quita el asqueroso y pernicioso hábito de fumar.
- 14.—El limón regula la temperatura. Hace que sintamos menos calor en el verano y evita los dolores de cabeza debidos al calor.
- 15.—El limón evita y disuelve el ácido úrico. Combate las enfermedades de la piel y eczemas de todas clases.
- 16.—El limón ayuda a combatir el raquitismo si se toma con miel de abejas.
- 17.—El limón combate las várices, úlceras del estómago, garganta y boca.
- 18.—El limón neutraliza y corrige el exceso de bilis y el mal funcionamiento del hígado y el estómago.
- 19.—El limón es indicado en los casos de dilatación del estómago, hígado e intestinos. Combate la acidez estomacal.

(Colaboración)

Nota Editorial

Por la Lotería Nacional

Informaciones publicadas por la Dirección de Estadística de la Contraloría General de la República, revelan con el argumento harto elocuente e irrefutable de los números y las aráfi-cas, la forma alarmante como ha descendido la venta de billetes y chances de la Lotería Nacional de Beneficencia.

Este descenso tiene que contristar el ánimo de los ciudadanos de buena voluntad por cuanto sabemos que de la Lotería Nacional salen los fondos destinados a la beneficencia pública y es claro que las consecuencias de la disminución en las entradas de la Lotería se reflejan en seguida en las instituciones mencionadas y son los asilados en ella los que sufren de inmediato las consecuencias. Ahora se explicará el público el por qué de las condiciones lamentables en que se encuentran todas nuestras instituciones de asistencia pública, condiciones de las cuales se ha hecho eco la prensa en repetidas ocasiones.

Urge, pues, por el interés de la salud pública y por el interés del Estado que destinada para otros de sus gastos parte apreciable de las entradas de la Lotería, procurar aumentar los ingresos de la misma. Desde luego, sabemos que la causa primordial de esta disminución en la venta de los billetes y chances de la Lotería se debe a la difícil situación económica general que atraviesa el país. Pero no es menos cierto que influyen en forma decisiva también en reducir dichas ventas, la competencia de los chances clandestinos y el abuso que se está haciendo y tolerando de toda clase de rifas.

Conviene y precisa, que las autoridades administrativas y policivas emprendan una enérgica campaña como en años anteriores contra el chance clandestino, la bolita, las rifas autorizadas o no y toda actividad que constituya competencia ilegal para la Lotería, cuyos fines son de beneficencia pública.

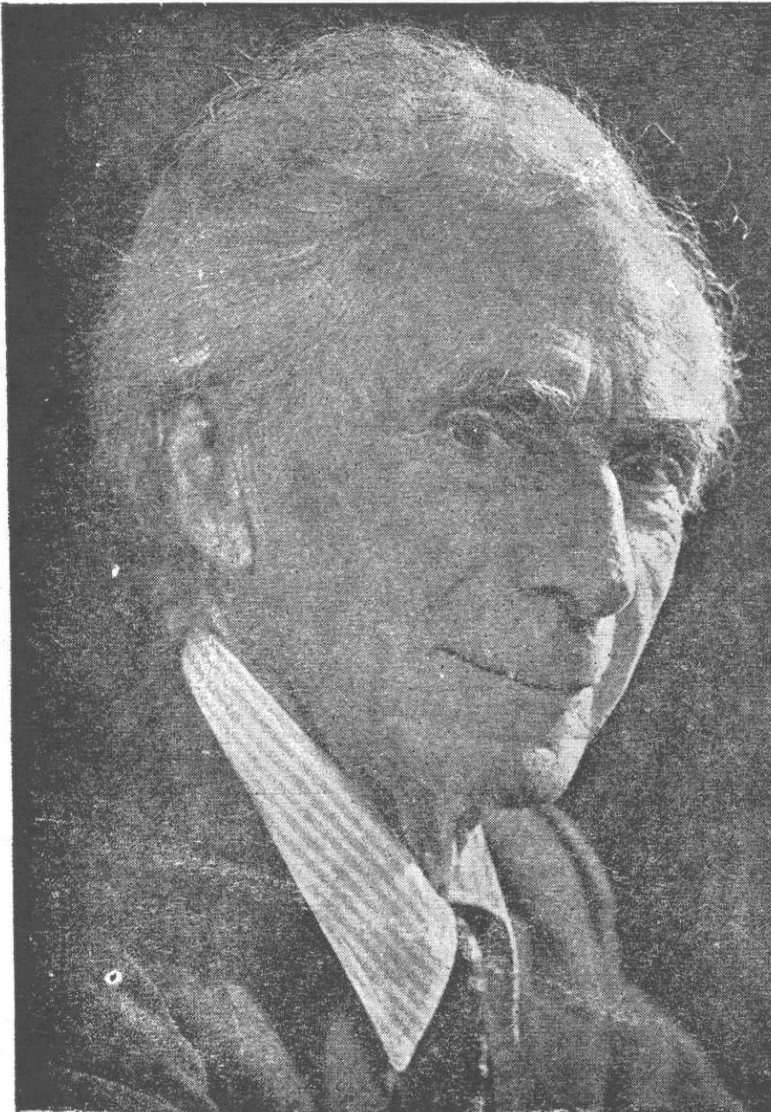
(Tomado del Diario "La Nación")

116965
indexado

Vivimos bajo la amenaza de la esclavitud mental

BERTRAND RUSSELL, matemático y filósofo, conquistó el Premio Nobel de Literatura en 1950 y posee la Orden del Mérito, una de las más elevadas distinciones de Inglaterra. Pero en 1918, fué encarcelado por oponerse al reclutamiento. Aprendió a conocer a América como Conferencista y como profesor en la Universidad.

POR BERTRAND RUSSELL



“Cuando leo las confesiones de esos hombres a quienes su gobierno acusa de crímenes absurdos, imposibles y que, como es sabido, han cometido, siento una especie de vergüenza universal. El género humano, lo noto, se degrada y los perseguidores, embriagados por el éxito quedan más envilecidos que sus desgraciadas víctimas”.

La psicología de las multitudes les permitirá desencadenar esa demencia colectiva que empuja al popu'acho a sacrificarse tantamente por los intereses de sus jefes.

Bertrand RUSSELL.

Nuestro siglo ha sido preeminente en todas las ramas de la ciencia, pero sobre todo en física. La física y la astronomía, desde los tiempos de mi juventud, han realzado, entre las dos, considerables adelantos en el campo del conocimiento, tanto en lo que respecta al más amplio como al más pequeño, al mundo estrellado y al átomo. Los nuevos descubrimientos sobre el universo han atraído me-

nos la atención que los descubrimientos sobre el átomo porque aquéllos todavía no son aplicables a la guerra, pero, en relación con la ciencia pura, son tan interesantes y tan maravillosos como estos. En el conocimiento del Universo, quien nos ha señalado el camino es Einstein; en el del átomo, lo han desbrozado Rutherford y Bohr. El Universo, nos dicen los astrónomos, existe desde un tiempo ilimitado y es de tamaño limitado por más que crezca continuamente. Las partes lejanas se alejan de nosotros y cuanto más lejos se hallan más aumenta su velocidad. Puede que la velocidad de algunas de ellas, muy lejanas, sobrepase la de la luz, en cuyo caso no las veremos nunca por potentes que sean los telescopios que el hombre acierte a fabricar; pues la claridad que emana de ellas es imposible que pueda encontrarse tras de la fuente luminosa.

¿HAY LIMITE PARA LOS DESCUBRIMIENTOS?

Nuestro conocimiento de los átomos está muy lejos de ser completo. Antiguamente pensaban que todos los átomos de un elemento cualquiera, eran idénticos e indestructibles. Ahora sabemos que no hay nada de eso. El uranio ordinario, por ejemplo, es una mezcla de tres clases de átomos, de los cuales uno solamente sirve para fabricar bombas. Un átomo de un elemento pesado, lejos de ser indestructible, puede separarse en dos elementos más ligeros. Esto sucede en la naturaleza con los elementos radioactivos, y artificialmente puede obtenerse en los laboratorios. Además es posible ahora fabricar nuevas especies de átomos, como por ejemplo el plutonio, que es un elemento creado por el hombre.

La física atómica está todavía en la infancia, y el progreso, teórico y práctico a la vez, que razonablemente podemos esperar de ella, es ilimitado.

La biología ha hecho descubrimientos menos sensacionales que la física pero no promete menos su porvenir.

La teoría mendeliana de la genética está tachada de anatema en Rusia porque sus métodos son demasiado lentos para satisfacer al gobierno soviético, mas las perspectivas que ofrece sobre la herencia

hacen posibles cambios extraordinarios.

Acaso más adelante se llegue a un perfeccionamiento notable. Si pudiéramos determinar el carácter congénital de un ser humano por tales medios, los resultados serían prodigiosos. Acaso valga más no desearlo porque es dudoso que los políticos procedan con mucha discreción y desinterés para escoger los hombres colocados bajo sus leyes. La sumisión absoluta y la fidelidad al partido serían las calidades más apreciadas por los gobernantes.

No transcurrirán muchos años sin que los biólogos sean capaces de crear la materia viva. No podemos excluir tal probabilidad puesto que en los laboratorios llegan cada vez con más frecuencia a producir compuestos orgánicos. Por tanto parece inadecuado decir: la ciencia no irá más allá.

¡Sólo cincuenta años para elegir! Elegir entre un mundo gobernado por los más junestos descubrimientos de la ciencia y una sociedad en la que vayan de par el sentido de los valores y el progreso.

Si la materia viva fuese creada artificialmente, desde luego que lo sería en pequeña cantidad y bajo una forma muy primitiva.

El espíritu humano fué el último en plegarse a las leyes científicas; no porque sea complejo y difícil de comprender, sino porque nos violenta pensar que nuestro espíritu obedece a reglas.

En la generación que precedió a la mía, dos hombres sobre todo contribuyeron al progreso de los estudios psicológicos: Pavlov y Freud. Sus métodos difieren completamente y sus discípulos están a matar, pero de hecho, ambos tienen igual valor.

Pavlov que, absorbido en su trabajo, vivió la revolución bolchevique sin notarla casi, y a quien, más tarde, el gobierno soviético otorgó esa especie de libertad que

los zares otorgaban a Tolstoi, se limitaba a la observación de los fenómenos exteriores y tomaba como sujeto perros y no seres humanos. Si le enseñais un bisté a un perro hambriento, sus glándulas salivares funcionan. Pero si le imponeis una serie de sacudidas eléctricas cada vez que trate de comérselo, pronto adquirirá la frugalidad de los ascetas y no se le hará la boca agua ante el más suculento pedazo de carne.

Pavlov enseñó a sus perros toda clase de inhibiciones. De haber reinado como déspota en una escuela, todos los chicos hubieran sido modelo de virtudes. Qué extraordinario número de descubrimientos hizo, observando atentamente el funcionamiento de las glándulas salivares de los perros.

NUESTROS SECRETOS PENSAMIENTOS

Pero Pavlov no se ocupaba más que de los fenómenos exteriores. Freud, por contra, se interesaba por los deseos, por las pasiones, por los impulsos profundos, que son los resortes del comportamiento exterior.

Freud, ya se sabe, atrajo la atención sobre el inconsciente que inspira nuestros sueños, nuestros lapsus linguae, y entre las acciones nuestras aquellas que, a nuestro parecer, son inesperadas y sorprendentes. Nos anunció la importancia de los incidentes de la niñez aparentemente olvidados y de los deseos que avergüenzan nuestro pensamiento consciente y que, por lo mismo, nos creemos incapaces de experimentar.

Desde entonces mucha gente recibe un placer perverso en reconocer trazas de vicios en sus secretos pensamientos y sobre todo en los de los amigos. Si esta clase de ejercicio dió cierto ridículo a la vulgarización del freudismo, nadie niega que Freud, procediendo así, atrajo la atención sobre fenómenos esenciales hasta entonces descuidados por los psicólogos.

El estudio de las glándulas endocrinas y de sus secreciones dió nueva luz a las causas de nuestros sentimientos. Como es sabido desde hace mucho, las reacciones naturales de las glándulas pueden ser provocadas artificialmente con inyecciones, nadie ignora que el vino engendra el valor y, desde hace

siglos, no de ayer, es conocido el efecto del hachisch.

La psicología de la multitud, no obstante su incalculable alcance práctico, está todavía en la infancia: Todo el mundo ha sentido el contagio que se desprende de una multitud exaltada amplificando las emociones hasta el delirio. ¿Se trata de un sentimiento sensato y sano? ¿La multitud concibe nobles designios y los realiza? ¿Es cruel o estúpido? La histeria colectiva llega a crímenes innobles: linchamientos, progroms, persecuciones, guerras inexcusables.

Las dictaduras modernas cultivan la histeria colectiva; gustan de las multitudes, de las charangas, de los proyectores. Si los hombres quieren ser razonables en política, tienen que aprender, cuando la emoción les gana, a preguntarse: ¿quedaría convencido por los argumentos de este orador si los soltase a media voz, sin multitud ni orquesta, ni alumbrado, ni aparato escénico? En la mayoría de los casos la respuesta sería negativa porque la verdad prescinde de tales accesorios.

Cuando, a la luz del progreso científico de los últimos años y del futuro próximo, imagino la probable evolución del mundo de aquí a cincuenta o cien años, temo por la humanidad un peligro inmenso: vivimos bajo la amenaza de la esclavitud mental.

Los descubrimientos continuarán acrecentando el poder de los gobiernos. La física les dará mejores bombas atómicas. La biología les procurará los medios de la guerra bacteriológica; la fisiología y la psicología les enseñarán a provocar a discreción las pasiones y las inhibiciones para ellos ventajosas y la psicología de las multitu-

des les permitirá desencadenar esa demencia colectiva que empuja al populacho a sacrificarse tontamente por los intereses de sus jefes.

Con las armas que la ciencia moderna pone en sus manos, el régimen totalitario es hoy más temible que en ningún otro tiempo.

Nunca hasta ahora las viejas libertades cívicas tuvieron tanto valor. La libertad de pensamiento, la de prensa, la de palabra, la de criticar al gobierno y cambiarlo por métodos legales si la mayoría lo desea; todas esas consignas han perdido mucho de su prestigio, pero jamás en la historia de la raza humana han desempeñado un papel tan importante.

¿GLORIA O IGNORANCIA?

Estas reflexiones me llevan a considerar otro aspecto del pensamiento humano. A los hombres no les bastan los conocimientos precisos suministrados por la ciencia; necesitan saber cómo deben vivir, qué fines deben alcanzar y cuál diferencia separa la gloria de la ignominia.

Estos conceptos los han recibido de la religión, de la filosofía, de la poesía y del ejemplo de los héroes que la historia ha ofrecido a su admiración. La organización y la ciencia no reemplazan al sentimiento de los valores ni la ciencia sola puede mostrar cuál sistema de valores debe ser preferido a tal otro. El medio siglo próximo tendrá que elegir entre dos conceptos de lo que puede hacer la vida digna de ser vivida; yo adopto uno de ellos, el otro me causa horror.

Cuando leo las confesiones de esos hombres a quienes su gobierno acusa de crímenes absurdos, imposibles y que, como es sabido, no

han cometido, siento una especie de vergüenza universal. El género humano, lo noto, se degrada y los perseguidores, embriagados por el éxito quedan más envilecidos que sus desgraciadas víctimas. No invoco, a título de explicación, la simple malicia humana. Hay en ello un principio mucho más profundo: un concepto de la vida que a mi al menos me estremece de horror.

¿La segunda mitad de este siglo continuará la brillante obra intelectual cumplida durante los últimos cincuenta años? Para ello haría falta, claro está, evitar la guerra mundial. Pero también haría falta asegurar la libertad humana y protegerla contra ese fanatismo fecundo en persecuciones del cual la Europa occidental ha tenido que sufrir tanto tras el desenlace dudoso de las guerras de religión.

Para que la cultura occidental conserve su valor intrínseco, quienes la guardan deben continuar prefiriendo la investigación al dogma y deben estar preservados de la tiranía de funcionarios ignorantes.

En ello va no solamente la cultura en el sentido restringido de la palabra. ¿Se puede criar trigo en las regiones boreales? ¿El desierto australiano puede hacerse fértil? ¿Se puede aliviar la miseria de la India y de China? Si la ciencia sigue siendo libre, la respuesta probable es "sí"; en el caso contrario "no".

En el curso de los años venideros el mundo tendrá muy particularmente necesidad de organización y de libertad mental. Si somos sensatos podemos aliar las dos, pero, si somos estúpidos, sacrificaremos la una a la otra siendo lo probable que perdamos ambas. Yo creo que elegiremos la sensatez.

Qué pedantes y de mal gusto resultan esos escritores que no pueden escribir un párrafo sin intercalar una palabra en francés o inglés, y a veces frases enteras! Nos quieren impresionar con eso, cuando lo único que consiguen es que los desdeñemos por su evidente pedantería.

LOPEZ DE MOLINA

TEMAS ARIDOS

116937
POR JOAQUIN BELEÑO C.

EL VALOR DEL ESTUDIANTE

Dice un viejo refrán que solo se llega a viejo siendo joven, cuando en la juventud se ha sido joven. Y sin duda es cierto. Ser joven significa tener una clara concepción de la humanidad. Usar la razón, ese alabado mecanismo de la voluntad, en servicio de las ideas. Se puede llegar a viejo falsificando, por medio de la palabra, los conceptos de juventud, pero no se es joven. Se es siempre joven cuando por encima de todos los contratiempos, nos superamos y nos entregamos generosamente hacia un ideal. No se es joven cuando se critica a la juventud, cuando no se usa la razón para analizar los conceptos que ella sostiene. Hay viejos que se disfrazan de jóvenes, pero cuando les llega al momento de pararse firme, privan sus intereses personales por encima de los intereses de la juventud. Entonces caen de sus pestañas, las lágrimas de los años.

Decimos esto, porque cuando se es joven, se es siempre joven desde todo punto de vista. No hay términos medios, ni perspectivas ilusionistas. Todos tenemos la obligación de expresar nuestros sentimientos y nuestros sentimientos, cuando se desprenden del ropaje que nos hace aparecer tal cual somos, nos hace quedar al desnudo en la calle. Todo el prestigio acumulado se va al suelo y todo lo que puede hacer meras adiciones al concepto de juventud en nuestro ropaje, se va al lugar de donde se recogiera.

Hay que darse cuenta que los estudiantes, dentro del concepto histórico, que ya no nos referimos al término meramente nacional, han

elaborado desde la tribuna estudiantil los caminos de la cultura y de la civilización de los pueblos. Que han sido los estudiantes, en todas las edades los que han marcado nuevos derroteros a los anquilosados miembros de la sociedad en que les ha tocado vivir. Y que nadie que sea joven puede hablar mal de los estudiantes si no los interpreta; si no analiza la situación sociológica del momento y si no utiliza el maravilloso mecanismo del cerebro para razonar y buscar los fundamentos que mueve a la gente nueva a sobreponerse a las circunstancias históricas que se le presenta.

Los estudiantes son los representantes auténticos del espíritu nacional, no por el hecho que se opongan, sino por el hecho de que ellos representan el impulso del viento que mueve el velero de la sociedad, representado por el velamen que resiste. Y esta idea no es nuestra. Esta idea es de Ingenieros, el hombre siempre joven que jamás ha criticado a la juventud y que merece un sitio muy distinguido en el corazón joven de las Américas.

Para comprender al estudiante, es necesario que se haya sido verdaderamente un estudiante. Es necesario que tengamos la suficiente fuerza en nuestras venas, en nuestros músculos y en el cerebro para que nuestra palabra siempre se encuentre rebotando en el ámbito de lo ideal. Y no puede ser de otra manera, porque el estudiante va unido al concepto de juventud. Es fuerza y es corazón. Es toda idea. Nunca se opone a lo nuevo. Y combate lo viejo, no por viejo, sino porque es derrotista.

Los escritores que llenan sus páginas con citas de celebridades nos dan la impresión de que leen mucho, pero que piensan poco mientras escriben y que lo único que hacen es recordar lo que otros meditaron.

LOPEZ DE MOLINA

1169771 *undep...*

LA

SIFILIS

POR DRS. COSTLER Y WILLY

COMO SE CONTRAE LA SIFILIS

El agente específico de la sífilis es un microbio conocido por espiroqueta pálida, descubierto en 1905. A través del contacto con alguien cuya piel o parte del cuerpo contiene este microbio, como en el caso de las úlceras sifilíticas, la piel de la membrana mucosa de una persona sana puede infectarse, introduciéndose así la enfermedad en su organismo. Sería un error creer que la infección puede solamente penetrar a través de una llaga grande. Las espiroquetas son extremadamente activas y pueden penetrar por la más ligera raspadura. El contagio es, desde luego, más frecuente a través de la intimidad sexual, y el microbio puede entonces ser transmitido por las partes, así como por los labios, la membrana mucosa de la boca y las amígdalas. Los médicos que tratan úlceras sin conocer la naturaleza específica de ellas corren el riesgo de contraer la infección por los dedos.

Siendo el contagio posible por cualquier parte, es innecesaria la transmisión directa de la persona enferma, y el germen puede ser adquirido manejando un objeto o bebiendo en un vaso utilizado antes por un sifilítico. Pero la infección por este medio es muy rara.

LAS ETAPAS PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA

La infección no se manifiesta al

principio externamente. Las espiroquetas se multiplican en la sangre y sólo cuando ella está "saturada" aparece el primer síntoma externo en la forma de un chancre duro. Esto necesita de tres o cuatro semanas, durante las cuales ningún médico puede, posiblemente, descubrir la enfermedad. Aún entonces el diagnóstico es difícil, porque el chancre duro no se distingue fácilmente del blando.

La información obtenida del paciente tampoco es ilustrativa en ninguno de los dos casos. Cuando la intimidad tuvo lugar dos días antes, con una compañera de quien se sospecha, no puede ésta haber sido la responsable. Pero cuando ha tenido lugar cuatro semanas antes de la aparición del chancre, es muy probable que la causa sea la sífilis.

Este carácter latente, al comienzo, de la sífilis es, como otras enfermedades conocidas, la causa de su extraordinaria difusión, aun entre las personas casadas. El esposo ha tenido relaciones extramaritales no sabe que ha contraído la enfermedad hasta tres o cuatro semanas después, y durante ese tiempo es posible que haya tenido varias oportunidades de infectar a su esposa.

Por fortuna, el contacto con una persona enferma no siempre implica el contagio. La higiene meticulosa puede eliminar los microbios depositados sobre la piel an-

tes de que la penetre, particularmente cuando dicha conexión no es profunda ni prolongada. También aquí, como en todo lo demás, la casualidad desempeña su parte.

El hombre lego no puede descubrir la sífilis sin el auxilio de un médico, el cual debe ser consultado a la menor sospecha, a fin de que la enfermedad sea combatida lo más pronto posible.

Además del chancre, el período primero de la sífilis se caracteriza por la adenopatía, o afección de los linfáticos. Esto dura de tres a cinco semanas; se extiende luego a la piel y a las membranas mucosas, entrando luego en la etapa segunda.

SEGUNDO GRADO DE LA SIFILIS

Los síntomas de la sífilis de segundo grado son tan complejos, que una descripción completa de los mismos requeriría volúmenes enteros. Pueden incluir la roseola, la eritema musculosa (limitada al cuerpo, sin afectar la cara); algunas veces la erosión no tiene lugar, sino que toma formas invisibles, o asume una apariencia furunculosa. Estas manifestaciones pueden ir seguidas por trastornos generales, tales como la fiebre, dolores de cabeza agudos, las anginas, la caída del cabello y la formación de úlceras en las partes genitales. Prácticamente, ningún órgano escapa a la enfermedad. Este período dura de cinco a siete años.

TERCER GRADO DE LA SIFILIS

En la etapa tercera la sífilis pasa de los órganos externos a los órganos internos vitales. Las úlceras pueden extenderse a los huesos; pueden aparecer las fistulas, las supuraciones y los tumores sifilíticos y declararse la caquexia. Uno de los síntomas más conocidos de la evolución final de la sífilis es el aneurisma de la aorta. Es innecesario decir que cuando se deja seguir este curso, el terrible flagelo es fatal.

Felizmente, hay excepciones en este curso clásico de la enfermedad. Puede el chancre cicatrizar-se sin consecuencias ulteriores y las personas vivir hasta una edad muy avanzada sin saber que han tenido la sífilis; otras son afecta-

das en su juventud por la ceguera sifilítica.

Existen otros trastornos que, sin ser consecuencias directas de la sífilis, se intensifican grandemente con ella y que debemos mencionar aquí. Tales son la arterioesclerosis y las afecciones cardíacas. En un sujeto sifilítico asumen éstas una forma particularmente seria, conduciendo a veces a la muerte prematura. De origen exclusivamente sifilítico son la ataxia locomotriz y el reblandecimiento del cerebro. Aquella va a menudo seguida por la ceguera y la parálisis; el paciente camina cojeando y sufre dolores punzantes en el abdomen y las piernas; la parálisis de la vejiga y de los intestinos es frecuente, conduciendo pronto a la muerte del sujeto. Pero el fin puede llegar lentamente.

La ataxia locomotriz avanza a veces lentamente por espacio de veinte años, durante los cuales el único síntoma externo es el paso atáxico. Las víctimas más desdichadas de la sífilis son aquellas que no se dan cuenta de la enfermedad durante siete años — el período, término medio, de su desarrollo — y que de súbito se quedan ciegas.

He aquí dos casos tomados de nuestros archivos:

El señor R. sufrió a la edad de veinte años una ligera erupción que fué curada en cuatro semanas por cauterización. A los veinticinco años contrajo enlace y tuvo dos hijos sanos; a los treinta y dos años comenzó a quejarse de dolores de cabeza. Cierta día, dieciocho años después de la aparición de los primeros síntomas, se le paralizó el costado derecho y perdió el habla. Está aun vivo, pero continuará inválido hasta el día de su muerte.

El señor M. contrajo la sífilis a los veintidós años y se sometió a un tratamiento a base de mercurio. A la edad de cuarenta y ocho años se volvió, repentinamente, sordo, lo llevaron a un sanatorio quirúrgico y murió ocho semanas después.

El reblandecimiento cerebral toma a menudo la forma del comportamiento desacostumbrado del sujeto afectado. El tacaño se convierte en pródigo, el padre juicioso en disoluto. Aparecen los sín-

tomas de la demencia y de la megalomanía y puede el paciente declararse Dios, emperador y diablo todo al mismo tiempo. Desde éste momento sus días están contados.

La cuestión del contagio sifilítico es de la mayor importancia. Durante las etapas primera y segunda, la enfermedad, aunque latente, es infecciosa. Con el comienzo de la etapa tercera se concentra en los órganos internos, no siendo ya transmisible, excepto por la herencia.

Con respecto a la herencia de la sífilis, puede ella ser transmitida a los niños únicamente por la madre. Es natural que cuando el padre está infectado, los hijos tienen todas las posibilidades de ser tarados, pero ello ha de ser mediante la madre. Cuando ella no está infectada, los niños nacen sanos. Esto no significa, sin embargo, que los descendientes de padre sifilítico queden enteramente libres de heredar la enfermedad, pues el semen de una madre sifilítica no puede producir una prole tan sana como el de un hombre sano. El interrogatorio a una paciente de enfermedades orgánicas, por ejemplo, revelará el hecho de que su padre ha sido tratado de la sífilis. No obstante los hijos de sifilíticos son con frecuencia sanos y de larga vida. Las víctimas de la sífilis hereditarias son pocas, porque, afortunadamente, mueren en la etapa fetal y son expelidos por la madre durante uno de los primeros períodos del embarazo. Tratada a tiempo, la sífilis hereditaria presenta características similares a aquellas de la sífilis en tercer grado. Puede el paciente vivir mucho tiempo sin que surja ninguna perturbación seria, pero puede también morir repentinamente de trastorno cerebral.

A menudo se pregunta a los médicos cómo un lego que desea evitar el contagio venéreo puede descubrir la enfermedad de la compañera. Podemos solamente contestar que las manifestaciones de la sífilis son tan variadas, desde los granos aparentemente inofensivos hasta el eritema más repulsivo, que la diagnosis es imposible para toda persona que no sea un médico experimentado. Existen sin embargo, unos pocos síntomas que pueden servir como señales de peligro. Aunque no son siempre de

origen sifilítico, una vez notados, es prudente evitar el acto sexual con la persona sospechada. En tales casos la precaución debe ser el principio guiador. Los síntomas son los siguientes:

1.—Todas las ulceraciones, heridas, rasguños y raspaduras en la región genital son sospechosas.

2.—Cualquier erupción rosada u oscura en el abdomen, los senos o los muslos es sospechosa, aunque los granos, especialmente en la espalda o en las piernas, son generalmente inocuos.

3.—Las protuberancias en el cuello y las ingles son sospechosas.

4.—También todos los abscesos y las ulceraciones de los labios y la cabeza.

5.—Téngase cuidado de la voz ronca no acompañada de llagas en la garganta sino de dolores de cabeza.

La meticulosa observancia de estos cinco puntos será una salvaguardia bastante eficaz. Muchos de nuestros pacientes nos han traído mujeres de quienes sospechaban sobre estas bases y sus diagnósticos han resultado exactos.

La sífilis es esencialmente curable. Esta afirmación no debe dejar de difundirse. No sólo es curable, sino que el tratamiento es sin dolor y en modo alguno perturba los hábitos y las ocupaciones profesionales. Pero para la cura lo esencial es la paciencia. La medicina tiene a su disposición los medios para vencer el mal, pero ninguno de ellos es lo bastante radical para eliminar la infección de golpe. El paciente que soporta el tratamiento de la sífilis debe prepararse a llevarlo durante un tiempo largo. Una vez que se haya decidido a ello, su cura está asegurada. Las únicas excepciones son aquellos casos en que la infección tuvo lugar varios años antes, y aun así, cuando no ha llegado a afectar el sistema nervioso, hay todavía esperanzas. Es posible que, en este caso, no pueda lograrse una cura completa, pero, de todos modos, pueden evitarse las terribles consecuencias de la sífilis.

El éxito del tratamiento depende, desde luego, en gran parte, del tiempo en que se ha comenzado. La cura de la sífilis, cuya única manifestación externa es el chan-

ero, y cuando la reacción Wasserman es todavía negativa, es relativamente mucho más rápida que la que ha alcanzado las etapas segunda y tercera.

Un gran progreso en la lucha contra la sífilis significó el descubrimiento de Wasserman. La reacción específica que lleva su nombre ha permitido a los médicos relacionar con la sífilis un número de trastornos cuyos orígenes fueron hasta entonces desconocidos y el tratamiento por lo tanto, imposible.

No obstante la reacción no constituye una diagnosis absoluta, porque sólo es terminante el resultado positivo, mientras que el negativo no da seguridad alguna respecto a la no existencia de espiroquetas en la sangre. Acontece con no poca frecuencia que después de un análisis Wasserman negativo el paciente desarrolla síntomas indudables de la enfermedad, o que los pacientes a quienes se

les ha asegurado que estaban curados en virtud de la reacción negativa, no dejan de escapar a los terribles efectos de la sífilis. Por otra parte, el análisis Wasserman es positivo en ciertos casos de paludismo, de frambuesia, de lepra y aun de fiebre escarlatina, pero en estos casos el análisis sigue positivo solamente durante algunas semanas.

Con esta reserva, puede afirmarse que tres análisis Wasserman a intervalos de quince días establecen de una manera concluyente la infección sífilítica. Para saber definitivamente si el paciente cuya reacción específica es negativa está curado, es aconsejable realizar una punción lumbar. Esto permite al médico realizar un examen del cerebro y de la médula espinal y evitar posibles repercusiones de la enfermedad en el sistema nervioso. Cuando se encuentra el mínimo rastro de infección, debe recurrirse a cualquier medida po-

sible, a fin de proteger al paciente contra los peligros de las afecciones cerebrales, de la médula espinal y del sistema nervioso. El resultado negativo de la reacción Wasserman al comienzo de la sífilis se debe a menudo a la localización de los microbios en alguna parte recóndita del organismo, desde donde serán transportados más tarde por la corriente sanguínea.

Por más engañoso que el análisis Wasserman sea, su mérito es, no obstante enorme. Muchas veces las jaquecas, los eczemas, los trastornos pulmonares, las enfermedades del hígado o de las regiones urinaria e intestinal, para no mencionar las perturbaciones nerviosas, han sido curadas gracias a este análisis. Es una cosa muy simple hacerse realizar un análisis de sangre a la primera sospecha, y es preferible afrontar al enemigo que ignorar su presencia.

• • •

HACE CALOR VERDAD?

He Aquí 4 Reglas Para Estar Fresca

ESTAS SON LAS REGLAS QUE LE AYUDARAN A VENCER EL CALOR

CAMBIE SU REGIMEN DE COMIDAS. — Reducirá el número de calorías, al disminuir, no del todo, los alimentos sustanciosos y comiendo más frutas y vegetales. Use un número mayor de proteínas y vitaminas —aconsejan los médicos—especialmente si su trabajo y ejercicio son intensos.

BAÑESE CON FRECUENCIA. —Nadar, remojarse las muñecas y los tobillos en agua fría, darse un baño prolongado de agua tibia, todo ayudará a rebajar su temperatura. No se duche con agua fría... esto da sólo un alivio pasajero. El remojo frecuente aumenta el frescor proporcionado por su organismo.

HAGA EJERCICIO MODERADO. — Se recomienda el ejercicio suficiente para estimular

la circulación de la sangre y la transpiración de su organismo. El evaporar un cuartillo de transpiración es tan frecuente como el derretir siete libras (4 kilos y medio) de hielo. No obstante, no deberá propasarse. Puede ser que recargue demasiado el sistema refrescante de su organismo y esto le producirá escalofríos y agotamiento.

VESTIDO FRESCO. — "Si Ud. aparece fresco, se sentirá fresco", conviene la mayoría de los entendidos en modas. La sencillez y la tersura en los vestidos de señora dan la impresión de frescor. Los caballeros deberían llevar trajes ligeros y porosos, evitando cuanto sea posible el llevar corbata y americana. Dejando a un lado las modas, los entendidos dicen que cuanto más ligeros sean los géneros tanto más se realizará la evaporación de la transpiración.

Pre-concepto

Bárbaro de la

POLITICA

"Nadie tiene derecho a quejarse de su país ni de su época; porque si son malos, ahí está él para hacerlos mejores."

—KARLYLE.

En toda época abundaron más los moralistas que los hombres morales. Es un antiguo achaque de la humanidad eso de cuidar celosamente la conducta ajena a trueque de descuidar la propia.

La raza de los fariseos—raza de víboras, como la calificaba Jesucristo—no se ha extinguido; por el contrario, se ha multiplicado. Ha cambiado de credos, pero envasados ancestralmente en la misma alma ortodoxa. No hay puritano que no siga concediendo mayor importancia a la práctica externa de sus ritos que a su auto mejoramiento moral.

A la murmuración del fariseo más que a la crítica condescendiente del psicólogo se debe ese prejuicio grosero, extendido aún entre gentes doctas, de que la política es, indispensablemente, una porquería, de cuyo aliento pestilencial deberán alejarse los limpios de alma y los puros de corazón.

A esta clase de críticos que de puro desconfiados se creen sagaces, se les escapa siempre el argumento esencial de la comedia humana. Sobre todo en esas dos cosas extraordinarias que rebasan las mentiras convencionales de toda moral doméstica: el amor y la política; las dos potencias cósmicas que representan, alternativamente, el plan divino de la creación y el hábito vital de la Historia.

Ignoran otra verdad aun más sencilla: que el hombre es la medida de todas las cosas y que, de consiguiente, la política no puede ser mejor ni peor de lo que son los componentes de la colectividad.

Es muy cómodo cargar a cuenta

del mal político todos los vicios e immoralidades inherentes a la colectividad que los engendra.

El hecho de que el filibusterismo en acción de los políticos vulgares avasalle a menudo la soberanía nacional, justifica el descredito del profesionalismo político, pero lo explica, al mismo tiempo, dándonos el índice de la capacidad cívica del pueblo que tolera dicho azote.

Cada pueblo tiene, pues, los políticos que se merece.

Es verdad que nadie ha tomado menos en serio que los políticos de profesión el valor de las instituciones democráticas de las que dicen ser guardianes y defensores.

Nadie se ha burlado más cínicamente de ellas al usarlas en provecho de sus intereses personales, casi siempre antagónicos a los intereses permanentes de la nación.

Ni los demagogos ni los anarquistas pueden desde luego compararse en su acción demoleadora del orden existente con esos "anarquistas" prácticos y silenciosos que convierten la ley en ramera y trafican con el honor y la hacienda de la República; con la vida y la libertad de los ciudadanos.

Pero la política de las pías es siempre la más efímera y quienes la practican se apresuran a cavar la fosa del régimen o partido que representan. Por eso la menor sacudida revolucionaria los arroja en racimos como a la fruta podrida. A nadie preocupa después su desplazamiento. El pueblo que los soportó con enigmática indiferencia los acompaña en la caída con inequívoco desprecio. Y los dictado-

POR

JULIO R. BARCOS

res del sable, al igual que los de la blusa, los apartan luego con la punta de la bota, como a un estorbo en el camino.

EL FALSO IDEALISTA

Pero solo quien mira superficialmente tales hechos sin profundizar el proceso de descomposición revelador de la crisis de un régimen, puede extraer de ellos como conclusión una filosofía derrotista de la política.

El moralista dirá: si prácticamente su meta es el poder con todos los espejismos de la mundanidad y la lujuria, lógico es que la política sea la secuela de los sofistas y de los pícaros que tiene a Maquiavelo y a Gil Blas por profesores. En cuyo caso, ésta es para el filisteo lo que el agua para el pez su ambiente natural. O algo más crudo todavía: lo que la charca para el batracio, no, precisamente, por tratarse de un anfibio de la moral, ni por los metamorfosis ideológicas que sufren a menudo los políticos, sino por esa

singular conformación fisiológica de su aparato respiratorio para adaptarse a la putrefacción del pantano.

Pero por qué aplicar exclusivamente al político debilidades que son comunes a los demás ejemplares de la especie humana?

Habría, según ello, dos mundos perfectamente delimitados dentro de la sociedad en que vivimos: el del filisteo, al que le hemos entregado desdeñosamente el puente de mando, y el del idealista, que se deja conducir dócilmente en la bodega del barco, a condición de poder crearse "su" reino de los cielos en el mundo de las especulaciones mentales?

Esta actitud pueril, propia de los Mesías de la felicidad social,

revela que el falso idealismo no es sino un atributo específico de la mentalidad burguesa, sino que suele serlo igualmente de la mentalidad revolucionaria dogmatizada, toda vez que la idea en lugar de un estimulante de la acción, se trueca en estupefaciente y hace posesos del ideal en lugar de soldados de la libertad.

Sarmiento, que era un genio tan lúcido para ver el fondo real de las cosas como gráfico para pintarlas, les tenía dicho a los puritanos de su época "Si los "honrados" se quedan en su casa, los pícaros se van derecho a la Casa de Gobierno". Con esto quiso enrostrarles a los fariseos que la honradez no es una virtud pasiva de enucos; no consiste en no pecar,

no en practicar el bien y no en tolerar el mal, pues tan cómplices son en resumidas cuentas los que ponen el hombro a los pícaros para que suban al poder, como los que desertan de la pelea y los dejan que se conviertan en sus amos.

Sobre la renunciación perpétua de los puritanos se entroniza diariamente la iniquidad.

Si bien nuestros políticos—en su gran mayoría—han sido fecundos en el mal, preciso es confesar que nuestros intelectuales han sido estériles para el bien. Y, al final de cuentas, como aquéllos son quienes tienen puestos y prebendas para repartir, éstos se han amansado y domesticado, dejándose poner el delantal blanco de la servidumbre.

134001 *Indefinido*

LA TOLERANCIA

POR A. DE CARLO

Ser tolerante es una gran virtud en este mundo de fanáticos y presumidos, en cuanto se refiera a las relaciones individuales y el trato diario con nuestros semejantes, amigos y familiares, limando asperezas motivadas por la diversidad de caracteres y distintas psicologías.

Pero todos tenemos el gran deber de combatir el mal, esté donde esté, con toda la energía de que somos capaces, y en lo posible con convincentes razones. Porque el no combatirlo nos haría responsables de la existencia de dicho mal.

Si este mal existe en el mundo, no es debido tan sólo a sus causantes directos y principales, sino también, y en especial modo, a las multitudes de apáticos e indiferentes que lo toleran con su silencio, su indolencia y su cobardía.

Si las terribles guerras—por ejemplo— se llevan a cabo, con los funestos resultados por todos conocidos, no es por culpa exclusiva de los jefes de Estado que las preparan, las declaran y las dirigen, sino también por todos aquellos que los obedecen voluntariamente, los defienden y los aplauden. De no existir

éstos, aquéllos no podrían llevar a cabo su macabra empresa como lo hacen. Y como la guerra, todo lo demás.

Todos tenemos el deber de aguzar nuestra inteligencia, discernir la verdad de la mentira y defender el bien y combatir el mal.

En el choque de las ideas, mediante inteligente argumentación, se ha de producir la luz mental, que tanta falta nos hace a la sufriente y desorientada humanidad.

Por estas breves razones, considero que todo hombre de bien, digno, consciente y responsable, ha de ser tolerante y comprensivo con los demás en lo que a diversidad de pareceres y sinceras maneras de pensar se refiere. Pero ha de ser recto y enérgico, decidido y valiente, en la lucha contra el mal; especialmente si este mal es de índole colectivo o social.

Un pensamiento debería orientar nuestra conducta al respecto: "La libertad mía termina allí justamente donde empieza la libertad de los demás."

En una palabra: LA MAXIMA TOLERANCIA DENTRO DE LA IGUALDAD DE DERECHOS Y DEBERES.

Misión de los Escritores

Por JAIME TORRES BODET

Nada más vehemente que el propósito de expresarse. Nace el sér y en seguida, un mundo incógnito lo circunda. Todo se opone, de hecho, a su voluntad de definición. Le resisten las cosas, con su presencia; le resisten las almas, indescifrables, y más que todo, le resiste su propio cuerpo, que no lo hospeda sino en la proporción en que lo aprisiona; máquina que gobiernan las leyes de los instintos, los reflejos de la defensa, las necesidades del hombre, el horror de la muerte y los espasmos rápidos del placer. No obstante, pronto se afirma la convicción de que todo ese mundo exterior, macizo e impenetrable, se nutre de la voluntad de quien lo contempla.

Con sólo cerrar los ojos, con sólo abrirlos, el niño más indefenso aniquila un paisaje, niega una aurora o, al contrario, aceptándolos los devuelve a la realidad imperiosa de lo creado. Un gigantesco poder de conformación yace en el ánimo más humilde, pues nada existe en sí mismo, efectivamente, sino por relación al espectador. Estrellas, árboles y silencios, campos y mares, crepúsculos y países, todo vive en nosotros, para nosotros, y el único testimonio de su existencia depende de nuestro sér.

Durante años, todo niño es poeta porque posee el dón de inventar el mundo, jugando con las distancias y con los tiempos, transformando una alcoba en isla, una alfombra en césped, un cascabel en caballo, una estatua en dios. Hay que reconocer que esta forma de poesía se adapta difícilmente a las necesidades convencionales de la colectividad en que el hombre se desarrolla. La escuela no tarda en domesticar todas las fuerzas alucinantes del párvulo. Por obra de la enseñanza, suele perderse el sentido mágico del idioma. La actividad, orientada hacia fines prácticos, adquiere un carácter interesa-

do. Lo que era necesidad en la infancia se vuelve lujo en la edad adulta y la palabra—que en la niñez fue conjuro—se despoja en sus derechos de invocación. En realidad, ciertas mentes no se resignan al pragmatismo moral de este aprendizaje. Para ellas, el placer de expresarse sobrevive a la utilidad de comunicarse.

Así empiezan, materialmente, la grandeza y la servidumbre del escritor. El problema de la expresión literaria es el más complicado de los problemas espirituales. Qué es lo que mueve a un sér a dedicar lo íntimo de su vida a una actividad que consiste, exclusivamente, en dar forma concreta a sus sensaciones? Por qué razón, en lugar de vivir—como el hombre de acción—o de verse vivir—como el místico—o de averiguar los motivos de por qué vive—como el psicólogo—, el artista no considera que vive sino cuando logra inmovilizar, en una fórmula, plástica, los momentos fundamentales de su contemplación?

Todos—hasta el poeta, en las horas no positivas de su existencia—somos sujeto y objeto a la vez: voluntad que anhela, ansiedad que sufre, ambición que marcha, memoria que fluye, puente vibrante entre lo pasado y lo por venir. Pero lo que caracteriza al problema de la expresión es que el sér que se expresa no tiene historia. Sujeto puro, su actividad abandona todo contacto con los azares circunstanciales de la experiencia y, en el colmo ya de lo personal, se impersonaliza y se entrega entero al objeto exterior en que se recrea.

Para el artista, no existe sino el presente. De ahí la perennidad de sus creaciones, concebidas fuera del tiempo, en un mundo abstracto, que es, por eso mismo, la revelación más concreta de lo real. Una pera de Cézane y una Virgen de Rafael están hechas de células in-

mutables. Nada las envejece. Y lo mismo ocurre, en poesía, con las mujeres de Shakespeare, con los reyes de Homero y con los personajes de Pérez Galdós o de Jean Racine. Ahí están sepultados en las páginas de los libros, aparentemente momificados, aunque siempre dispuestos a reproducir frente a nuestros ojos los mismos gestos, las mismas frases. Como esas semillas que los arqueólogos hallan en los sarcófagos faraónicos y que, a pesar de los siglos, vuelven a germinar en la tierra en que se las siembra, así las pasiones que el genio deposita en el interior de sus claros protagonistas al menor contacto con el lector, recobran toda su fuerza y, con patético entusiasmo, repiten ante nosotros su eterno drama. La paradoja del arte descansa, inquietante, en este cruce de lo individual con lo general. En tanto que el filósofo y el hombre de ciencia buscan al hombre en sí, en lo que tiene de más genérico—y, a menudo, no encuentra sino fragmentos perecederos de humanidad—, el artista, que no persigue sino casos únicos y exclusivos, da vaga notoriedad, todo se confabula de repente con la cantera misma del universo. Al apresar el instante, toca lo eterno.

A la luz de estas consideraciones cabe preguntar: Cuál es el papel del escritor en la sociedad? Hasta ahora, hemos hablado de su grandeza. Empecemos a describirle en su servidumbre. Ante todo, procede una observación. Nada perjudica tanto al poeta como el deseo de agradar a un público conocido. Su verdadera manera de servir a la sociedad no consiste en lisonjearla —ni en zaherirla—, sino en procurar, por todos los medios posibles, ser siempre el mismo. Y esto, precisamente, es lo más difícil. Tan pronto como un escritor adquiere aunque sea un asomo de

vaga notoriedad, todo se confabula para arrancarle a la vía auténtica en que trabaja.

Considerando los riesgos de estas incitaciones, hay todavía quién suponga que la más cómoda posición es la del orgullo. Pero aquí también nos aproximamos a un error indudable: el del aislamiento. Si el artista se perfecciona en la soledad, el hombre, en cambio, no tiene derecho a prescindir de la colaboración con las masas que representa. Por grandes méritos que posea, el artista debe comenzar por ser hombre, profundamente. Cuanto más humano sea el escritor, cuanto más se mezcle a las aventuras de la existencia, más probabilidades tendrá de allegar al caudal de sensaciones y pensamientos que su obra requiere para durar. Un Goethe que no hubiese vivido en la Corte de Weimar, un Cervantes que no hubiese peleado en Lepanto, que Quevedo que no hubiese aceptado el amparo del Duque de Osuna y un Dostoyewski que no hubiese sufrido ni la epilepsia ni el cautiverio, no serían el Goethe, el Cervantes, el Quevedo y el Dostoyewski que hoy admiramos.

La grandeza del arte descansa en una aptitud singular para convertir cada error vencido en un nuevo y firme peldaño de la escalera que nos conduce hasta el bien y la libertad. Acaso en este ca-

rácter de la obra artística resida la verdadera alianza entre la filosofía de la moral y la filosofía de la belleza. Todo éxito supone, indirectamente un éxito ético. Y no porque sea necesariamente mejor, desde el punto de vista artístico, el libro que educa o el poema que guía, sino porque la máquina misma de las pasiones, movida por el deseo de lo bello, produce júbilo, paz y serenidad.

Hubo una época en la que el hombre comprendió plenamente esta capacidad de depuración de la poesía. El milagro ocurrió en Atenas, varios siglos antes de Jesucristo. Un sol mágico alumbra aún, en estos momentos, como el frontispicio de un templo dórico, el recuerdo de aquella hora en la cual el hombre, lejos de avergonzarse de serlo, hizo de sí mismo la medida del mundo y el común denominador de la creación. En ninguna edad ha sido tan evidente la comunicación entre el poeta y el ciudadano. Aunque, asimismo, en ninguna ha habido noción más clara de la frontera que entre uno y otro debe imponer el sentido crítico del artista.

Y una de las formas más nobles de la existencia del escritor es la lucha por el derecho y la libertad. En una edad en que la barbarie mecánica de las dictaduras intenta arrasar no sólo a los pueblos in-

dependientes, sino a los altos conceptos de justicia, de honor y de humana fraternidad, el intelectual no puede encerrarse dentro del frío egoísmo del dilectante. Todo lo obliga a actuar con valor y con decisión.

Libertad y cultura van siempre unidas. Reconociéndolo así, los intelectuales de este continente no han de dejarse vencer por el pesimismo. Nada puede eximirse de sus deberes de hombres y de ciudadanos. América es tierra de libertad y sus designios se encuentran ligados a la razón de ser de la democracia. Mas, para afirmar su perduración, es indispensable advertir con exactitud que tan magnífica empresa reclamará de todos nosotros un don absoluto y sin reticencias.

El que se da, debe darse entero: lo mismo a una fe, que a un amor, que a una causa política o filosófica. El ideal no admite falsas compensaciones. Su balanza exige dadas totales. Nuestra dádiva, la de los hombres de América, tiene que ser así. Si queremos conservar el bien por el que vivimos, hemos de principiar por saber que no lo preservaremos con tributos tímidos y precarios. Sólo entregándonos por completo a la alta tarea que nos incumbe lograremos vencer al sombrío halcón que amenaza actualmente nuestro destino.

PIEDRAS DEL MES

Esta es la lista de las piedras preciosas que tradicionalmente se cree "pertenecen" a cada mes:

Enero, Granate.	Julio, Rubí.
Febrero, Amatista.	Agosto, Sardónica.
Marzo, Aguamarina o Sanguinaria.	Septiembre, Zafiro.
Abril, Brillante.	Octubre, Opalo.
Mayo, Esmeralda.	Noviembre, Topacio.
Junio, Perla o Piedra de Luna o Agata.	Diciembre, Turquesa o Lapislázuli.

REGALOS DE ANIVERSARIOS DE BODAS

Ningún invitado a una fiesta de aniversario de boda tiene obligación de llevar un regalo, pero a muchas personas les gusta obsequiar a sus amistades que celebran sus aniversarios, por lo que damos a continuación los símbolos de cada aniversario, siendo siempre apropiados los regalos de esos materiales, siempre que lo permita el presupuesto de quien lo va a hacer:

Primero, Papel.	Sexto, Hierro.
Segundo, Algodón.	Séptimo, Lana o Cobre.
Tercero, Cuero o Piel.	Octavo, Bronce u objetos eléctricos.
Cuarto, Lino o Seda.	Noveno, Cerámica.
Quinto, Madera.	Décimo, Lata o aluminio.

Hace poco te oí decir, mujer, que tu vida era triste, que vivías amargada y que te considerabas completamente fracasada.

Ante estas dolorosas afirmaciones, no pude por menos de sentirme preocupada, y entonces comencé — perdóname por mi indiscreción — a tomar informes acerca de tu vida y a observar tu hogar, el que te veda, según dices, dedicarte a las actividades literarias, por las que sientes gran vocación y el culpable, por tanto, de tu fracaso en la vida.

Estás casada con un hombre joven, sano, agradable, inteligente y que te ama con intensidad y te es completamente fiel. Su posición es modesta, pero no carecéis de lo preciso para vivir con decoro y sin que os falte lo necesario.

Tienes tres hijos—¡tres soles!— dos varones y una chiquitina.

Los tres son a cual más hermoso, más sano, más alegre y juguetón. Traviesos, con gracia y sin disciplina; inteligentes y aplicados.

Tu casa está en orden. Es bonita y soleada. No hay agobios económicos. Hay salud y tranquilidad. Paz y amor. Belleza e inteligencia.

Y tú, mujer, que posees todos esos tesoros: ¿es posible que te consideres "fracasada"?...

¿Que tienes mucho trabajo para dirigir tu casa y lograr que esté limpia y ordenada?... ¡Naturalmente! Lo contrario sería que no vivían en ella personas, sino fantasmas.

¿Que tus chicos te roban el tiempo para educarlos, ascarlos y hacerlos tan encantadores y tan bien cuidados?... ¿Que no te dejan parar un momento?... Y debes darle gracias a Dios por ello. Pues si tus hijos estuvieran quietos, callados, sin moverse de un rincón y sin hablar ni hacer pequeños estro-

FRACASADA!

POR

CARMEN POMES

picios, sería señal evidente de que estaban muy enfermos o de que eran tontos.

¿Que no tienes el tiempo ni el recogimiento necesarios para dedicarte a hacer una labor literaria, como sería tu gusto?...

Ante todo, dime una cosa: ¿qué crees que es mejor: verter sobre el papel las ideas, las teorías, los anhelos o vivirlos plenamente?...

Porque... Escucha una cosa: Tú ¿qué pensabas escribir? ¿Novelas de amor?...

¡Pero si tú estás viviendo un maravilloso romance amoroso, puesto que conservas el gran amor de tu marido, puesto que él te quiere tanto o más que el primer día, puesto que te es fiel, puesto que es bueno y apasionado! ¿Hay mayor triunfo para una mujer enamorada—como tú lo estás de él—que sentirse tan bien amada?...

¿Que te interesan los temas de

educación, de puericultura, de higiene? ¿Y no estás adquiriendo una preciosa experiencia sobre esos asuntos al cuidar y enseñar a tus hijos, convirtiéndolos en unos muchachitos cultos, educados, sanos y fuertes?...

¿Te gusta cultivar el ramo de la economía doméstica?... ¡Qué mayor éxito que el de la tuya propia, al conseguir — con el corto sueldo de tu compañero, — que en tu casa no falte nada de lo necesario y que esté reluciente como un espejo, a pesar de las travesuras de los tres diablillos!

Entonces, borra de tu mente esa horrible palabra: ¡fracasada!, que dices tan a menudo. Goza, disfruta plenamente de la dicha de tu amor correspondido, de la bendición de unos hijos puros y fuertes, de tus alegrías y hasta de tus pequeñas preocupaciones. Procura ver la vida bajo un prisma agradable, sonrosado, luminoso... Y cuando, al cabo de algún tiempo de disciplina espiritual, lo hayas logrado, entonces estarás preparada para transmitir tus ideas, tus sensaciones y tus enseñanzas a los demás. Y mientras tú cultivas tu espíritu, tus hijos — ya creciditos — dejarán de darte tantos trabajos, tu esposo ascenderá, y te aliviará — con sus mayores ingresos — de cavilaciones, y te podrás dedicar — ¡al fin! — a la tarea de cultivar la literatura.

Cordialmente,

La sencillez del estilo contra lo que se supone, no es fácil de lograr. Se llega a la sencillez perfecta después de haber pasado por el inevitable período de lo artificioso y afectado. Claro que también hay escritores que nacen, viven y mueren sin conocer la sencillez.

LOPEZ DE MOLINA.



Symbolismo

Por LUCAS BARCENA

Yo fui en un tiempo sembrador de estrellas;
ancé en tus ojos el fulgor más vivo
y me llené de inspiración, altivo,
sin más ansias de luz, ni más querellas.

Vueltas surcos de amor todas las huellas
dejé rodar mi corazón esquivo
y se hizo vuelo el huracán cautivo
de mis sueños de gloria y tus querellas.

Equivoqué senderos... Fui al encuentro
de una interrogación y alma adentro
la imagen se hizo llamada viva.

Y hoy vengo a ser recogedor de estrellas
cada vez que me bañas con las huellas
que en tus ojos dejó mi alma cautiva...

Júbilo y Súplica

Por ROGELIO SINAN

Tiempos soles benignos han rasgado la niebla
y esta vigilia ahuyenta mil temores ocultos.
Ya te he vencido noche y en plenitud de vida
puedo lanzar mis flechas hacia océanos posibles.

Hoy es ¡oh mar! el alba. ¡Pregonemos el júbilo!
Barcos... pájaros... rocas, vuelvo a estar con vosotros
Miradme transparente, cristalizado, exagüe
de tanta vena abierta para dar paso al grito.

¡Que sacudan las torres sus ramazones pétreas!
¡A vuelo las montañas! ¡Que repiquen las nubes!
Ya no habrá espinos sordos triturando mi angustia
ni torrentes de sombras aullando bajo el sueño.
¡Por fin, ya germinado de mí mismo y del miedo,
me hundiré en los poemas que tu presencia augural

POETAS PANAMEÑOS

Paisana mía del Alma

Por MARIO RIVERA PINILLA,
Autor de "Rumbo a Cuba" y "Yerba".

Paisana mía del alma! De dónde sacaste
todas esas quimeras que se parecen a América?
De dónde te vino la fuerza
para forjar con tu amor nueva Patria!
Paisana mía! Eres una inquietud!
Eres como la antorcha que nunca acaba!
Diles que los caminos procelosos
en tu amor de mujer perdieron las palabras!
Diles que eres la lanza de todas las barreras
que mueren sangrando donde todo acaba!
Tú eres la nueva América, con todas sus palabras!
Tú eres el amor de ayer y el dolor de mañana!
Plántate como siempre! Paisana mía del alma!
Espera donde todos, en la lucha sangraban!
Tú eres la esperanza! Transitaste los mundos
y en los mundos danzaban
aquellas luces nuevas que la tierra clamaba!
El mundo se hizo luna nueva, se hizo de las palabras.
En tu dolor de hembra, revive la esperanza!

• • •

Poema Bárbaro

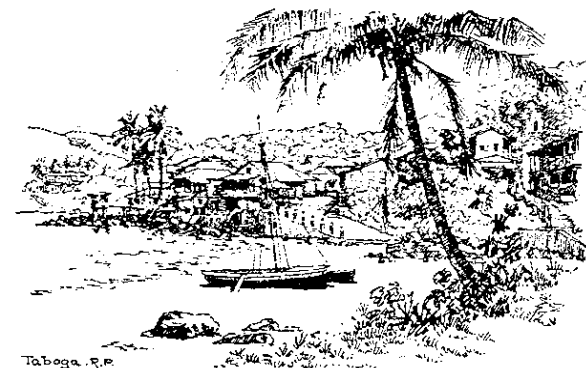
Por TRISTAN SOLARTE

Voy a envolver mis pasos con la sombra de un pez cualquiera
para escalar esta cumbre de la niebla
mi voz se yergue en medio del viento como una estatua del sueño
voy a hablar de mí, de mi padre devorado por las uvas,
de mi abuelo sideral espantapájaros consumido por la niebla.

Fina campanada creciéndome entre el día y la noche.
Cómplice de todos mis pecados.
De mi madre que perdió toda una vida tejiendo con luciérnagas
el traje que habría de lucir un gallo en las madrugadas del más allá.

Traigo frente a mí un relámpago inmovilizado a la altura de los frenos
una isla como una brasa me arde en la garganta.
Por mis manos se desliza un río.

Por estas mismas manos que un día soltaron las amarras del mar.
Por mis ojos campos yermos donde pastan antiguos bueyes
Regresa Mambrú triste y cansado.



Breve canto de Amor

Por RICARDO J. BERMUDEZ

Por tu cuerpo la noche se hace tibia,
mientras corren las aguas y las manos
hacia la estrella oculta en los helechos.

Porque pudiera amarte intensamente,
golondrina de sangre y de suspiro,
es mejor que los peces no te nombren.

Así podremos coleccionar paisajes
con que adornar los pliegues de tu blusa
sin mariposas ebrias de museo.

Y si el tiempo nos hiere con su espina,
reclinar tu palabra en mi palabra
en busca de memorias y epitafios.

Por tu cuerpo la noche se hace tibia,
mientras corren las aguas y las manos
hacia la estrella oculta en los helechos.

Amanecer

Por DEMETRIO KORSI

Como una gaviota adormecida
sobre la onda de cresta nacarada
la nave cabecea en la ensenada
esperando el ritual de la partida.

En el muelle —silueta dolorida—
dice adiós una mano ya cansada,
lejos canta una voz atormentada
el dolor de un amor y de una vida.

Del confín en el claro terciopelo
fulge la estrella matutina y pura.
Se va aclarando tenuemente, el cielo...

La nave abre las velas rumorosas,
el rumbo enfila, y su gentil figura
se aleja sobre un mar de oro y rosas...

PANAMA

I

Antes que la ciudad de Panamá, que pareció desde su fundación destinada a la opulencia, se transforme en emporio de comercio y de riqueza, apresurémonos a recoger algunos recuerdos de su pasado. Mientras los excavadores remueven la tierra del Istmo para abrir el gran Canal que pondrá en comunicación el océano Atlántico con el Pacífico, y a cuya desembocadura se alzarán las techumbres de Panamá, recopilemos algunas noticias sobre esta antigua y noble ciudad, consultando para ello nuestras viejas crónicas y los libros escritos por los piratas y por los viajeros que, con fines muy difíciles, la han visitado en distintas épocas.

Pedro Arias Dávila, el Caín de la Conquista, después de haberse manchado con la sangre de su émulo inmortal, Vasco Núñez de Balboa, quiso sacudir el yugo de las autoridades de la isla Española y del Consejo de Castilla de Oro. Imaginóse que alcanzaría este resultado estableciéndose en el Mar del Sur. Con este fin envió en 1418 al Alcalde Mayor Diego de Espinosa a Panamá, con orden a Gonzalo F. de Oviedo, su lugarteniente en el Darién, de trasladar a Panamá los habitantes de Santa María la Antigua con sus haberes y sus repaños.

Pocos años después, en 10 de Marzo de 1526, se firmaba en la nueva ciudad, por los individuos entonces oscuros; Hernando de Luque, eclesiástico sagaz y discreto, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, aventureros audaces que no sabían escribir, el singular contrato por el cual disponían de la suerte del vasto imperio de los Incas. Para dar mayor solemnidad al contrato, el Padre Luque celebró una misa, y partiendo la hostia consagrada en tres partes, dió una a cada uno de sus compañeros, mientras que los espectadores se enternecían viendo aquellos hombres que se exponían tan animosamente a ese sacrificio que parecía seguro.

LA

NUEVA

Panamá prosperó rápidamente, legando a ser el lugar de escala más frecuentado de la América Central. Ya contaba siglo y medio de existencia cuando el más audaz y más cruel de los piratas que infestaron la América en el siglo XVII, Henríque Morgan, la tomó a fuego y sangre el 27 de Enero de 1671, y para que la historia marcara su frente de eterno baldón, la hizo incendiar el día después de haberla ocupado, enviando para ello veinticinco hombres que pegasen fuego en diversos edificios de la ciudad.

Cuatro semanas más tarde, salió Morgan de entre las cenizas de Panamá, llevando consigo 175 jumentos cargados de oro y plata y otras cosas preciosas, con unos 600 prisioneros, muchos de los cuales se vieron obligados a dar fuertes sumas por su rescate.

Este aventurero sin conciencia, hombre de entrañas de acero, se retiró a Jamaica con su rico botín, dejando burlados los bucaneros, sus compañeros de rapiña, a quienes pagó muy mal. En aquella isla vivió tranquilamente muchos años, acatado y considerado hasta el punto de haber desempeñado de 1680 a 1682 el cargo de Gobernador. Más, si sus compatriotas le absolvieron tan fácilmente de sus crímenes, el fallo imparcial de la posteridad ha inscrito su nombre entre los de los monstruos que han afligido a la humanidad.

Uno de los compañeros de Morgan, J. Exquemeling, francés de nación, describe así la opulenta Panamá:

"Decoraban a esta episcopal ciudad ocho conventos; siete de religiosos y uno de monjas, como también dos suntuosas iglesias, preciosamente adornadas de retablos

Por parcernos de sumo interés, reproducimos aquí este artículo del historiador colombiano Vicente Restrepo, que nos ofrece cuadros vívidos de nuestra ciudad en lo antiguo y lo moderno.

Y LA VIEJA

POR

E. J. CASTILLERO R.

y pinturas muy finas, con mucho oro y plata; un hospital, donde pobres y enfermos hallaban la piedad de sus fundadores, bien exactamente observada. Eran todos los edificios de cedro muy bien y curiosamente labrados por dentro ricamente adornados, principalmente de magníficos cuadros y pinturas.

"Ilustrábanla aún doscientas casas de estructura prodigiosa, que eran las más habitadas por poderosos mercaderes, fuera de otras cinco mil, poco más o menos, para el resto de moradores. Circundaban sus salidas y contornos muchos y muy óptimos plantíos y jardines que todo el año hacía deliciosa perspectiva.

"Los genoveses tenían una magnífica casa que servía de Contaduría para el comercio de los negros..."

La Catedral, de estilo italiano, estaba coronada por una gran cúpula. El bucanero Ringrose, que pasó por la cista diez años des-

pués del incendio de Panamá, dice que aún permanecía de pies en medio de las ruinas, presentando a distancia una hermosa perspectiva, semejante a la de San Pablo en Londres.

II

El mismo año (1671) en que Morgan destruyó a Panamá con todas sus riquezas, Don Antonio Fernández de Córdoba trasladó la población un miriámetro al suroeste de la anterior, escogiendo para la construcción de la nueva ciudad una península rodeada de rocas salientes al pie del cerro de Ancón. Un hábil ingeniero, Don Alfonso Mercado de Villacorta, la rodeó de murallas.

Panamá se levantó como por encanto de sus ruinas, y en pocos años volvió a ser una ciudad floreciente. El conocido viajero inglés, Guillermo Dampier, que cruzó repetidas veces por la costa del Istmo en compañía de sus bucaneros, la describen así en 1685:

"La nueva Panamá es una muy hermosa ciudad, situada cerca del mar, como a cuatro millas de las ruinas de la antigua. Da su nombre a una espaciosa bahía, en que desembocan muchos ríos navegables, algunos de los cuales contienen oro. La embellecen algunas islas, productivas para sus propietarios y deliciosas para los pasajeros y marineros que navegan cerca de ellas. Sus alrededores ofrecen encantadores paisajes, llenos de oteros y de valles hermosos por muchas florestas y por grupos de árboles aislados, que parecen en la llanura como otras pequeñas islas. Esta ciudad está cercada por una alta muralla de piedra cubierta de cañones; se dice que las casas son de ladrillo. Los techos parecen más altos que la muralla de la ciudad. La adorna igualmente un gran número de iglesias y conventos, además de la casa del Presidente y de otros bellos edificios, que forman el más lisonjero conjunto que he visto en América.

"Esta ciudad es floreciente a causa de ser el paso, tanto de las mercancías y tesoros que se llevan a todo el Perú y Chile, como de los que de allí se transportan a España. Así es que la rada nunca está sin buques. Por otra parte, cuando de tres en tres años la ar-

mada española viene a Portobelo, la escuadra de la plata llega a su vez de Lima a Panamá con los tesoros del Rey de España y acompañada de gran número de navíos llenos de mercancías y de plata. La ciudad se llena entonces de aristócratas y de mercaderes. Los marineros se ocupan en descargar los tesoros y las mercancías; los acarreadores en transportarlos en mulas a Portobelo, de donde vuelven con mercancías de Europa. En esos días de afán, las casas, las tiendas, las camas y los víveres son de una carestía extraordinaria..."

Los bucaneros, que miraban con ojos de buitres a Panamá, se deleitaban con la perspectiva de las islas que rodean su bahía. Un joven aventurero parisiense, Raveneau de Lussan, se expresa en estos términos:

"Las dulzuras de que disfrutamos en aquellos lugares, merecen que los recuerde y procure describirlos. Todas las islas son tan agradables y tan hermosas que se les llama comúnmente **Los Jardines de Panamá**, y no sin razón. puesto que las personas ricas de esta ciudad tienen cada una su isla, y en ella sus quintas de recreo rodeadas de verjeles deliciosos, regados éstos por manantiales de agua viva, adornados y embellecidos por una gran profusión de flores y de bóvedas de jazmín, y llenos de una infinita variedad de frutos del país, entre los cuales me agradan particularmente el zapote, el zapotillo, el aguacate y el caimito..."

Durante muchos años, de 1680 a 1688, los bucaneros no dejaron gozar a los habitantes de Panamá de las delicias de la nueva Capua. Frecuentemente cruzaron por sus costas, talando los campos y las islas y apoderándose de las embarcaciones que salían al mar. Intentaban repetidas veces hacerse dueños de la ciudad sosteniendo en la bahía fuertes batallas navales, en las que hicieron grave daño a los españoles, pero no lograron su intento.

Era entonces Obispo de Panamá el venerable historiador Don Lucas Fernández de Piedrahita. Referiremos un rasgo de un jefe de piratas que prueba que esos hombres depravados eran accesibles a los sentimientos humanos.

En 1680, "estando en la isla de Taboga, —dice Rigrose—, supimos por los mercaderes que van a Panamá, que allí vivía entonces, de Obispo de la ciudad, uno que había sido antes Obispo de Santa Marta, y que fué prisionero del capitán Sawkins cuando éste tomó esa plaza cuatro o cinco años antes (en 1676). Luego que el capitán supo esto envió de presente dos panes de azúcar al Obispo. El día siguiente volvió el mercader a Taboga, trayendo a Sawkins un anillo de oro de retorno.

La situación de Panamá fué en esos años de suprema angustia. El Presidente don Pedro Ponte y Llerena, Conde de Palmar, en una carta que escribía en Agosto de 1687 al Gobernador de Costa Rica, dándole cuenta de un desgraciado combate naval, concluía así:

"Estos enemigos de Dios, me enviaron a uno de los míos a avisarme que les devolviera cinco prisioneros que tenía en mi plaza, y como me es prohibido por mi Rey lo rehusé; pero estos nuevos trucos me enviaron veinte cabezas y me creí obligado, para impedir la destrucción de tantos cristianos, a devolverles su gente, con diez mil piezas de a ocho, para el rescate de noventa de los nuestros, casi todos heridos, que nos restituyeron, de trescientos treinta que habían salido al mar en tres buques a combatirlos. ¡Ved cómo nos aflige Dios por todos lados; tomemos esto en amor de su Pasión!"

En vano el manso Obispo Piedrahita había procurado inspirar a los bucaneros sentimientos humanitarios, dirigiéndoles la siguiente carta:

"Señores: Aunque el señor Presidente os haya escrito bastante bruscamente, os ruego con instancia que no derraméis más sangre de los inocentes que tenéis en vuestras manos, pues ellos se han visto obligados a haceros la guerra. El Presidente obedece las órdenes del Rey, que le prohíbe devolver los prisioneros de guerra; yo haré cuanto pueda por haceros restituir vuestras gentes confiadas en mi palabra y quedaréis satisfechos.

Os aviso que todos los ingleses son católicos romanos, que hay actualmente una iglesia en Jamaica, y que los cuatro que tenemos, ha-

biéndose convertido, quieren permanecer con nosotros”.

III

La prosperidad de Panamá no fué de larga duración. Esta ciudad decayendo de su esplendor el siglo XVIII por la extinción de las ferias y del comercio de los galeones. Los incendios de 1737 y 1756 contribuyeron a su decadencia. Su suerte no mejoró con nuestra independencia nacional. Los incendios que ha sufrido en el presente siglo, (a estos dan pábulo las construcciones de madera que se reseca en exceso en aquel clima abrasador), el último en 1878, han ayudado a consumir la obra de destrucción, y hoy, dice M. Armando Reclus: “Apenas se abandona la estación del Transcontinental no puede darse un paso sin tropezar con ruinas; por todas partes se ven casas destruidas, lienzos de pared que amenazan desplomarse a cada momento, grietas enormes, despojos, en una palabra, de todo lo que fué presa de las llamas”.

Antes de 1850 la población de Panamá, que pasa hoy de 14,000 habitantes, no alcanzaba a 5,000. Cuando la emigración a California, y cuando se trabajaba en construcción del ferrocarril, pareció que Panamá vería volver los tiempos de su pasada opulencia, pero su situación no mejoró tanto como era de esperarse, y no dudamos mejorará con la obra del Canal que será la que marca la hora de su progreso y engrandecimiento definitivo.

Un afamado viajero francés, el Conde de Beauvoir, escribió hace pocos años sus “Viajes alrededor del Mundo”, obra muy interesante, que fué coronada por la Academia Francesa. El 24 de Julio de 1867 pasó por Panamá, que describe en los siguientes términos :

“Llegamos con dificultad a la ribera, a causa de la marea baja y de la oscuridad de la noche... Luego que desembarcamos hicimos un paseo por las calles fétidas del espantoso rincón (trou) que se llama Panamá. Al lado de horribles tabernas donde una población de ma-

rineros y aventureros se complacía en la embriaguez, los naturales están hacinados en barracas iluminadas débilmente por niechas empapadas en aceite de coco, y donde se mece en una misma hamaca toda la familia de seres sucios en harapos, de color de chocolate, y cubiertos de insectos asquerosos. ¡No creo haber visto en todo mi viaje una ciudad de aspecto más repugnante! Así es que saludamos con felicidad la campana del ferrocarril que nos llamó el día siguiente por la mañana”.

¡Extrañamos que un escritor tan serio y tan profundo observador como ha mostrado serlo el conde de Beauvoir, juzgue con tanto rigor a Panamá, solo por haber hecho un paseo por el arrabal, en una noche oscura, como él mismo lo dice! A este cuadro tan sombrío queremos oponer otro, no trazado por nuestra pálida pluma, sino por la de un compatriota de M. Beauvoir, M. Armando Reclus, que visitó a Panamá a fines de 1876.

• • •

PLAN DE REFORESTACION

Los árboles son riqueza en su madera, en sus frutos; conservan la tierra y dan albergue a la fauna; influyen para atenuar los rigores del clima; enriquecen los ríos; protegen contra los vientos, dan sombra y adornan los campos. Debemos considerar nuestra responsabilidad para con los árboles como la que tenemos para con nuestros hijos, y su defensa, como la propia de nuestra integridad nacional”. Miguel Alemán, Pte. de México.

Este año se sembrarán en México doscientos

millones de árboles. Al llamado de la Secretaría de Agricultura han correspondido con entusiasmo y eficacia las secretarías de Educación, Defensa Nacional, Comunicaciones y Recursos Hidráulicos.

La siembra de árboles se ha estado realizando en todo el país, con la colaboración de los niños y jóvenes de las escuelas, las autoridades civiles y el ejército nacional. Por qué no iniciamos aquí algo parecido aunque en menor escala?

Los escritores que emplean demasiados adjetivos se parecen a los nuevos ricos, que se cubren de alhajas para destlumbrar y sólo van pregonando su mal gusto.

LOPEZ DE MOLINA.

EL DELANTAL

I

El niño tiene los ojos fijos en la ventana. Mira una mosca que corre de una punta a otra del cristal y quiere volar hacia afuera, donde la luz del crepúsculo se arrastra sobre las piedras de la calle. El niño, agrandados sus ojos, llenos de un asombro que tiene dentro de sí, los lleva en seguida más allá de la mosca, hasta la vereda de enfrente, donde los hijos del sastre extraen musgo de la acequia con una olla cuajada de agujeros; hunden en ella un pincel de trapos y luego se ponen a pintar verdosos monigotes en la pared que hace tres días el sastre hizo blanquear. Pero el niño no se alegra mirando estos monigotes. Sus ojos están más lejos. Ni él mismo sabe dónde están.

Se esfuerza por creer todo lo que le han dicho esta mañana y todo lo que él mismo ha visto; pero mueve su rapada cabeza y dobla la frente fijando sus ojos en las rodillas, metiendo un dedo en la media rota, buscando, buscando la verdad.

Oye a sus espaldas las voces de todos los hombres que llenan su casa en este momento. Borrado el aroma a hierbas campensinas que suele sentirse siempre en esta pieza, se percibe el fuerte olor a tabaco de los fumadores que están conversando en la otra habitación.

No puede creer todo lo que le han dicho y todo lo que ha visto. Busca desesperadamente dentro de sí, después de haberla buscado a ella por todos los rincones de la casa, una forma de comprender lo que ha visto y lo que ha oído. Y no puede. Se le van los pensamientos por todos lados. Es inútil encerrarlos, como es inútil guardar un poco de humo en una cajita de cartón.

POR ANGEL MARIA VARGAS

De a ratos, uno de estos pensamientos se abre paso por los caminos soleados, pero tristes, de su espíritu minúsculo. Es un pensamiento envuelto en un recuerdo. Se ve en una mañana de verano, frente a las lomas rojas del pueblo donde viven los padres de su madre, inmóvil ante la torre blanca de la iglesia. Las vacas de su abuelo se alejan, en tropilla, por un camino polvoroso, pero alegre. Muchos retamos floridos vuelcan sus pétalos de oro sobre las ancas agudas de las bestias. El grito de los peones ondula como una viborita de bronce, humillando las astas mansas, y las vacas, de una en una, van entrando en esa nada silenciosa de los caminos, más rebosantes de calma cuando un tropel se ha perdido entre sus huellas.

El camino pasa frente a la iglesia, y allí arriba, en el campanario, su madre, sueltas las trenzas rubias sobre el pecho, le hace señas que él no entiende. ¿Cómo dejar de ver estos lustrosos lomos de las vacas y este arco de gusano de las colas de los terneros, corriendo y corriendo como si temieran que las ubres pesadas se pierdan por el camino? Ahora la

ve. Sí. Su madre le ofrece una cosita roja. Parece una flor. No. Es una manzana. Ahora ella —¡cómo son de blancas las manos de su madre!— extiende el brazo gordezuelo y se la tira desde lo alto. El niño corre con las manos extendidas, pero no es él quien la recibe. La manzana se clava en una de las astas de la última vaca que pasa a su lado, alejándose gravemente, mientras la madre y el niño llenan el camino con sus risas.

Recordando estas risas, el niño percibe el dulce aroma de los retamos y alza sus ojos hacia las varas del techo donde chilla un murciélago. Ahora surge su pensamiento, enredado siempre en el recuerdo; si su madre ríe con él en este instante, mientras la vaca se aleja por el camino llevando la manzana clavada en una de sus astas, ¿puede también hallarse terriblemente inmóvil dentro de ese cajón que todavía huele a virutas y que ha estado claveteando el tuerto Barbadilla toda la tarde, bajo el naranjo del patio?

El niño, adormilado, se pone a jugar con la borla azul y roja de una corneta que le regaló su madre hace dos años. La corneta ya no existe. Sus últimos restos deben estar, descoloridos, en el tejado de la casa. Sólo conserva el niño la borla, que, por casualidad, ha hallado en un rincón esta mañana. Haciéndola girar entre sus dedos, recuerda los cabellos de su madre.

La ve una tarde, bajo el alto naranjo del patio, zurciendo las medias que él rompe todos los días. Es inmenso el silencio de la tarde y por eso parece más bulliciosa la ráfaga de viento que de pronto se levanta y sacude la copa del naranjo. Se desprende entonces del árbol una lluvia de azahares que ruedan sobre las manos, los hombros y los cabellos de su madre. Ella alza la cabeza y el rostro se le llena de alegría. El niño hunde el mentoncillo en el pecho, refugiándose en esta dulce imagen que él ha sacado de su corazón, para animarla con su dolor, en el cuartucho abandonado. No ve las hormigas subiendo por la pared ni el gato que juega con la borla a su lado. Está junto a su madre, en el patio de la casa. Ella ríe con una risa igual a la suya: una cristalina risa de niño.

Por eso su madre es mucho más hermosa que las otras madres: es una muchachita. Se acerca a verla más de cerca. Extiende sus manos y desliza la yema de sus dedos por los cabellos rubios; alza los azabares uno a uno y aspira con ansia su perfume. Hace mucho tiempo de esto, pero él tiene todavía este perfume entre sus dedos. Hundido en su recuerdo, no siente el olor barato de las velas que arden en la otra pieza.

II

El niño ha pasado toda la noche hundido en un sillón destripado que suena como una flauta cada vez que alguien se sienta en él. No ha querido entrar en la otra habitación. No puede creer que su madre esté muerta. Por eso tampoco ha querido verla y ha movido, dudando siempre, su rapada cabeza a todas las palabras de la gentes que llenan la casa.

Al otro día, a las diez de la mañana, ha llegado el coche fúnebre de la Municipalidad. Los vecinos han sacado a pulso el ataúd y el coche se ha alejado velozmente, porque siempre a los muertos pobres hay que llevarlos pronto al cementerio. Los viejos plumeros del coche se han perdido al fondo de la calle y después todo ha quedado como si nunca hubiese sucedido nada en el barrio. El niño ha visto desde la ventana asentar el ataúd sobre las briznas de pasto seco y las plumas de las palomas del portero de la Municipalidad, desparramadas sobre el piso del vehículo, pero nada de eso es cierto. De ninguna manera puede ser cierto.

El niño, después, ha empezado lentamente a recorrer la casa. Penetra en la pieza contigua, en cuyo centro hay una mesa cubierta por un paño negro, flanqueada por candelabros vacíos. Un cabo de

vela ha perdido la muerte en la habitación saturada por un áspero olor a pavesas. El niño extiende una mano sobre el paño negro, alisando las huellas que dejó el ataúd. Sobre esa misma mesa tendía su madre el mantel a la hora de comer.

Algo blando acaba de pisar. Es una rosa. La mira extrañado, como si nunca hubiese visto una rosa. Lentamente sale de esta habitación y penetra en las otras. Se detiene en la primera, frente a un alto canasto sobre el que ha dejado su madre un vellón de lana envuelto en el huso. Acaricia el co-po dulcemente. Ella debe estar por allí cerca. Mira hacia todos lados esperando en que muy pronto entrará por la puerta o la verá cruzar el patio.

Sigue recorriendo las piezas desiertas. De los techos se desprenden partículas de polvo. La humedad ha dibujado extraños mapas en las paredes. En el patio, el naranjo tiembla al soplo de la brisa. Un pájaro se refugia en su copa y el niño lo oye bullir entre las hojas. De pronto esta hondura silenciosa se parte con el tañido de unas campanas que empiezan a sonar en el convento de Santo Domingo. El niño siente la angustia de esta campana. Mira hacia todos lados. Está completamente solo en la casa. Pasea sus ojos incrédulos por los adobes de la tapia. Allí lejos aparecen las tejas musgosas del convento cubiertas por una bandada de palomas. Están quietas esperando que se vaya la tarde. Ahora se percibe un suave olor a naranja quemada que viene de la casa vecina. Son las viejas niñas Balmacedas sahumando sus cuartos de solteronas antes de que llegue la noche.

El niño pasea sus ojos incrédulos por toda la casa. De la calle, como un potrillito alegre, entra el canto de los hijos del sastre. La

angustia del niño, encerrada en su incredulidad, asoma ahora en sus pupilas. Quiere ver de nuevo los candelabros vacíos, pero se detiene. Ya sabe dónde podrá encontrar a su madre. Pasa bajo el naranjo, y al querer penetrar en la cocina se detiene. El gato, sucios los bigotes de telarañas, saca algo rodando hacia el patio. Es un trapo arrollado y cubierto de ceniza. El niño fija en él su mirada. Al principio no se da cuenta muy bien de lo que tiene ante sus ojos, pero de pronto siente que una mano de piedra le estruja el corazón.

El trapo con el que juegan las nerviosas manos del gato es el delantal de su madre. Marchito y sucio, reconoce sus cuadros azules y blancos. Su madre y su delantal han sido siempre dos cosas inseparables. Toda su vida, su corta vida de niño, está llena con la imagen de su madre, y sobre esta imagen, su hermano, el delantal. En él ha escondido infinidad de veces el rostro para borrar sus penas diminutas; infinidad de veces ha puesto en él su cabeza para que su madre le acaricie las mejillas. En ese delantal está toda su vida, su corta vida de niño. No es el trapo sucio con que juega el gato: es su propio corazón rodando por las piezas abandonadas, llenándose de polvo, de ceniza, de telarañas.

Ahora comprende que todo es cierto, terriblemente cierto. Se le doblan las rodillas, se desliza hasta el suelo su cuerpo y se acurruga apoyando la espalda en el caño de zinc que trae las lluvias del techo; esconde la frente en las rodillas, y su llanto de niño, resuena en la casa desierta.

La dorada naranja que el árbol deja caer en el patio lleva tras de sí los pasos inquietos del gato. El delantal y el niño son dos cosas abandonadas.

Sólo no yerran los que nada hacen.

JOSE ENRIQUE RODO.

Donde está vuestro trabajo, dejad que esté vuestra alegría.

TERTULIANO.

Ser feliz significa bastarse uno mismo.

ARISTOTELES.

El Sentido

de la

Justicia

debe siempre

prevalecer entre

el

Padre y el Hijo

La única actividad que sigue estando reservada al aficionado es la paternidad, porque el padre es el educador natural del niño. A menudo se ha dicho que un mal padre es mejor que ninguno, y casi todas las autoridades están de acuerdo en que sólo circunstancias muy especiales pueden justificar que se prive a un niño, por entero, de la influencia de los padres. La ciencia educacional no ha podido producir un substituto adecuado para la influencia que la naturaleza destinó al desarrollo del niño.

A causa de ello, el principal factor en la vida de un niño es o debería ser, el factor "padres", y es esencial, para que aquél confíe en éstos, que no modifiquen su actitud hacia él. La severidad excesiva es, ciertamente, perniciosa; pero es, probablemente, mejor que los ocasionales espasmos de severidad,

alternados con períodos de excesiva indulgencia.

Los niños son, esencialmente, razonables, y aún desde temprana edad pueden comprender que cuando se portan mal, el castigo es su consecuencia inevitable. Semejante castigo no duele, y es una necesaria ayuda para el niño, a fin de evitar una repetición de la falta. El padre, que a veces pasa por alto y otras veces exagera la falta, desconcierta al niño y siembra la semilla de una desconfianza que

puede ser grave en etapas posteriores de la vida.

Es esencial darse cuenta que la falta debe ser juzgada, no conforme el daño hecho o al fastidio causado, sino de acuerdo con la culpabilidad del autor. Puede haber mucho más de censurable en romper un plato de cocina que un vaso valioso, y el padre debe recordar que él tiene las responsabilidades de un juez inapelable, y que debe prestar la mayor atención y cuidado a la justa decisión del asunto.

El hecho de que uno se encuentre de buen humor no es razón para pasar por alto una falta, ni una falta es más grave porque se produzca hacia el final de una jornada fatigosa. Los niños son muy agudos para adivinar el estado de ánimo de sus padres y para darse cuenta del efecto que ello tiene sobre el juicio de sus travesuras.

La idea de la justicia entra en la vida de un niño muy tempranamente, y debe ser respetada en toda vinculación con él. Si él siente que el tratamiento que usted le da es injusto, no sólo no obtendrá beneficio alguno de ello, sino que se verá conmovida su confianza en usted. El niño que se siente a merced de un hombre que obra por simple capricho se confirma en su sensación de inseguridad, y es probable que desarrolle hábitos antisociales: mentira, desafío y accesos de cólera.

La primera exigencia, pues, en un buen padre es la constancia. Puede haber muchas opiniones acerca del tipo de disciplina a que debe ser sometido un niño pequeño, y sistemas muy diferentes producirán resultados igualmente buenos; pero debe existir una disciplina pareja. El niño debe saber lo que ha de esperar como recompensa y castigo.

La conducta que resulta permitida en el círculo familiar no debe ser motivo de severo reproche en presencia de extraños. La torpeza que merece risas cuando causa algún daño trivial no debe ser magnificada a causa de resultados que no pudieron ser previstos, y, sobre todo, la causa de la justicia no debe ser influenciada por apelaciones o interesadas demostraciones de afecto.

El miedo es siempre una cosa nociva en un niño, y los padres deben poner cuidado en no suscitarlo. Si el niño se atemoriza por

POR

MATEO DILLON

lo que ha hecho, la cuestión debe ser aplazada para reabrirla después que haya pasado la primera sensación de temor. Porque el padre que pierde los estribos ante su hijo puede causar un daño irreparable a su propia influencia. Es inevitable que, a veces, alguna falta infantil determine un mal verdadero; pero hay que postergar el juicio, decir, si es necesario, que usted se siente fastidiado y que no se siente seguro de poder tratar el asunto en ese momento con justicia.

Igualmente, al elegir el castigo, debe ponerse cuidado en evitar todo lo que pueda causar temor. La antigua práctica de encerrar a los niños en la obscuridad es enteramente indefendible. A menudo re-

sulta prudente ofrecer una elección del castigo. El simple hecho de haber elegido una o dos alternativas impide cualquier peligro de resentimiento, y al dejar cierta medida de libertad, elimina la sensación de ser una víctima indefensa en las manos de un amo omnipotente.

La obediencia rápida e indiscutida es un elemento esencial en las relaciones entre padre e hijo. A menudo se oye preguntar a ciertos padres qué deben hacer cuando sus hijos se niegan a obedecerles. La única respuesta es que deben pagar por sus pecados. Un niño desobediente es siempre producto de padres descuidados.

Deben darse órdenes por excep-

ción; pero cuando se dan, deben ser obedecidas en seguida. Si a un niño se le dice que debe acostarse, él puede pedir permiso para terminar el capítulo de un libro o cualquier juego a que se dedique; pero si el permiso es negado, no puede existir más discusión.

En muchísimos hogares, la hora en que los niños deben acostarse es una batalla nocturna, de la que todos salen irritados y exhaustos.

La antigua idea de la disciplina era la de mantener sujetos a los niños, y aún se la practica en algunas instituciones, aunque en escasos hogares. Es preferible el sistema que fomenta la libertad, sujeta a la instantánea restricción por parte del superior.

DE LIBROS:

La alegría de vivir

por O. S. MARDEN

RIQUEZA Y FELICIDAD

En las ciudades populosas hay ricos cuyo nombre nunca aparece asociado a las obras meritorias; que nunca socorren al pobre ni prestan su concurso a levantados propósitos, ni les conmueve el espíritu público, ni pertenecen a corporación alguna cuyo objeto sea ayudar a la humanidad. Están enteramente envueltos en sí mismos y no conciben que les quepa gastar dinero en otra cosa que en sus gustos, y así se tornan tan empedernidos avaros, que nadie les llora al morir.

Nunca es feliz el codicioso, avaro y egoísta, porque la naturaleza humana en que predominan estas inclinaciones queda incapacitada para cuanto despierta amor a la vida.

Sólo hay una felicidad verdadera: la que no conoce reacción contraria ni deja tras sí tormentosos recuerdos. El halago de los apetitos egoístas produce una fatal reacción, que incapacita para el logro de la verdadera felicidad.

La riqueza trae consigo muchos enemigos que nos incitan a obrar en perjuicio de nuestros supremos intereses, con quebranto de nuestra salud y degradación de nuestro carácter.

Cuanto más se tiene, más se desea y en vez de llenar, abrimos un vacío.

El hombre que torcidamente allegó riquezas puede fundar escuelas, construir hospitales, alimentar y vestir al pobre, y sin embargo, no halla la felicidad por cuyo logro se afaná toda su vida, pues no es posible comprar la felicidad, como no se compra el amor o el reposo. Sé de hombres ricos miserablemente infelices que gastan el dinero a manos llenas afanosos de obtener la felicidad, que sólo dimana de la rectitud y pureza de vida.

Centenares de hombres y mujeres vivieron y murieron en míseros hogares, en buhardillas y aun en casuchas, y sin embargo, enriquecieron el mundo con sus obras y cooperaron al bienestar de las gentes y al progreso de la civilización con mayor eficacia que muchos millonarios. Hombres que en su vida dispusieron de modesta fortuna legaron nombres cuya fama no dejará morir el mundo.

El auxilio del prójimo es lo más valioso del mundo, y si no lo hacemos así seremos verdaderamente pobres, aunque poseamos millones, y no podremos gozar plenamente de la vida.

HORACIO

QUIROGA

POR EMILIO ABREU GOMEZ

Horacio Quiroga nació en la ciudad de Salto (Uruguay) el 31 de diciembre de 1879. Sus padres fueron Don Horacio Quiroga y Doña Pastora Forteza. Don Horacio era cónsul de la Argentina en aquel lugar. Quiroga estudió poco; siguió cursos irregulares en los colegios de su tierra. Completó sus conocimientos de modo personal, guiándose —como han hecho otros escritores— por su instinto estético. Viajó escasamente; más bien se movió por tierras americanas y dentro de un medio reducido: Córdoba, Montevideo, Buenos Aires, Río de Janeiro, el Chaco, Misiones. En estos sitios discurrió su vida. Un viaje de poquísimo tiempo a París no significa gran cosa en el desarrollo o en la formación de su espíritu. Lo que allí aprendió lo pudo aprender y tal vez mejor, en los libros. De París sólo trajo la barba que nunca más se quitaría. Ella delineó su fisonomía. El caso de Quiroga es distinto del que ofrecen Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo —por ejemplo— los cuales, sin la influencia de la cultura francesa, es casi imposible explicar la técnica que lograron dominar. Por otro lado, en principio, Quiroga no fué hombre de ciudad. Nadie menos cortesano que él. El mundo urbano le era, esencialmente, indiferente y, en ocasiones, hasta molesto. No sé por qué pero leyendo a Quiroga se recuerda la insensibilidad de Dostoiévski frente al tumulto de las grandes ciudades. El escritor uruguayo como el escritor ruso tenían la cabeza demasiado llena con sus

propios mundos para poder gozar del espectáculo civilizado de las aglomeraciones humanas. No cabe duda, Quiroga fué hombre de aislamiento; mejor dicho, de recogimiento. Quiroga, en potencia, era un místico; dando a este término el significado que supone una fuerza que pone al hombre en contacto o en relación con lo sublime: Dios o la Naturaleza. El mundo primitivo le dió libertad y poder para descubrir su propio espíritu; y es, al mismo tiempo, principio y ascenso de su capacidad estética. Esta capacidad la vemos, a trechos, sacudida por el desastio de su vida. Se diría que Quiroga pudo vivir en tanto que la cima de su arte y la sima de su dolor eran capaces de contemplarse sin estorbarse como una luz que se recrea en su espejo. El día que este contacto se rompió —por intensidad de emoción o por el apartamiento de sus núcleos— surgió la catástrofe final. La catástrofe fué su suicidio. Cuando en la madrugada del 20 de febrero de 1937 se suicida en la ciudad de Buenos Aires, no hizo sino cumplir el sino fatal que le asediaba. Quiroga vivió la profecía de un suicida.

La vida de Quiroga, en sus primeros años, ofrece particularidades que no pueden dejarse de lado porque ya anuncian el temperamento dominante del futuro escritor. Fué indómito, rebelde y voluntarioso. Con su hermano Prudencio, de pronto, se aparta de la familia y se refugia en una vieja casa de su padre. Allí viven los dos como caballeros independien-

tes. Hacen lo que quieren. A su reclamo acuden otros jóvenes de la localidad. Son de la misma especie, aunque tal vez no tengan el mismo ingenio. La travesura infantil es como un virus filtrable; se conocen sus efectos, nunca sus orígenes. Entre todos, asociados, arman jolgorios que con frecuencia van de lo normal, del simple capricho, a lo diabólico, a lo casi herético. La época que viven, por otra parte —no hay que olvidarlo porque es interesante— resume inquietudes subversivas. El anarquismo, verbi gracia, ha llegado a constituir un clima social; y el literario participa de este clima. Por ahí andan revolviendo el ambiente los Cantos Augurales de Alvaro Armando Vasseur, los Cantos Rojos de Angel Falco y las prédicas de aquel insólito y extraordinario sujeto que se llamó Rafael Barret. Quiroga, llevado de estos impulsos de libertad, pretende conocer el mundo. Como primera providencia intenta ser marino. No se enganchó sin embargo, porque entre los requisitos que se le pusieron en la escuela estuvo el de renunciar a su nacionalidad uruguayana.

Un día los tales desaprensivos muchachos esparcen, no se sabe cómo, qué misteriosos polvos en las alfombras, en las cortinas y en los tapices de una casa próspera. En ella va a celebrarse un sarao de postín. A la hora debida llegan de mucho paquete los señorones y las damas; se inicia el rigodón y se ensayan sonrisas y genuflexiones. Todo huele a Versalles; a un Versalles criollo se entiende. Hay un reposado ritmo arcaico en los ademanes y en los pasos. Pero, inopinadamente, se desata una epidemia de estornudos en aquella atmósfera aristocrática. La cosa parecía una escena de la picaresca española. Un diablo cojuelo, vestido de gaucho andaba espionando por narices y sobacos.

Otro día alguno de la pandilla entra, jinete en una bicicleta, en las propias naves de la iglesia parroquial. Los Santos en sus nichos se azoran; las beatas se desmayan y el cura, desde el púlpito, echa un responso contra el osado delincuente. La diatriba resulta más pomposa que eficaz. El latín, aunque sea macarrónico, no tiene nada de pedagógico. El enemigo, además, no es de carne y hueso; tie-

ne algo de duende y de fantasma. Y así, como trasgo, al día siguiente, se escurre por las rendijas de los cancelos del templo. Y sin ser visto ni oído derrama una redoma de tinta en la pila de agua bendita. Y así los feligreses a la hora de la primera misa, discurren por ahí, con extrañas cruces negras sobre la frente, como si fueran ensambenitados en tiempos de Inquisición.

La gente no tiene pruebas; pero la gente no duda: el autor de tamaña impertinencia no puede ser otro que ese diablillo que se llama Horacio Quiroga. Los más prudentes achacan el desacato a alguno de sus compinches. Las viejas comentan bajo el embozo:

—¡El Anticristo es llegado!

Casi por este mismo tiempo de travesuras, empiezan las actividades literarias de Horacio Quiroga. Escribe en las revistas y en los diarios de la región. Una de estas revistas abre un concurso; a él acude Quiroga y gana un premio. Su nombre empieza a sonar. Se comentan sus tendencias. Se le tiene por corifeo de los estilos nuevos, entre los que se destaca claro el simbolista. No satisfecho con las revistas que se publican, funda una nueva que, como todas las de su especie, apenas si pasa de los primeros números. Pero la clarinada está dada y sus ecos no se extinguen enseguida, antes se prolongan y multiplican y llegan a otros sitios. El campo era propicio.

Este clima literario de innovación tiene su trastienda política que es casi su razón de ser. El trasfondo enemigo de aquella agitación es compacto; en él actuaban dos cuerpos de doctrina: el del romanticismo y el del academicismo. Había, naturalmente, un tercer grupo, acaso de mayor bulto, de peor resistencia y además nocivo: el de la vulgaridad que lo infestaba todo.

Para luchar contra tales inepticias —el ejemplo de los precursores en el movimiento de renovación está presente— se crean dos bandos, acaso de idéntica doctrina aunque tal vez de diferente temperatura. Uno lo dirige Herrera y Reissig y se llama la Torre de los Panoramas; en el otro actúan Horacio Quiroga y Federico Ferrando y se llama el Consistorio del Gay Saber. Los socios de ambas academias son pocos, pero

no importa. Las armas del espíritu no se cuentan: se pesan. Los novicios tienen ingenio bastante para lanzarse a grandes empresas. Audacia no les falta. Intuición les sobra. A su impulso las normas caducas van siendo vencidas, o, al menos, desplazadas. La tarea no es fácil. Algunos se desaniman y retroceden. Hay hasta traidores que se pasan al otro lado. Los mejores perseveran. Es preciso vencer juicios y prejuicios. Estos ofrecen tenaz resistencia porque se apoyan en lo establecido que se supone cuenta con la ayuda de inapelables autoridades clásicas.

Para encontrar doctrinas que fortalezcan su impulso renovador, Quiroga se vale de literaturas exóticas, principalmente de su época. Fenómeno lógico que no debe ser censurado con ligereza. La española —con todos sus méritos— era considerada, en gran parte, responsable de la inercia literaria que se respiraba. (Contra ella surgen: en América el Modernismo y, en España, la Generación del 98. Si ambas tendencias, con el tiempo, acaban por descubrir raíces propicias y fecundas en lo propio: en lo americano y en lo castellano, es cuestión que se advierte después del sacudimiento de la agitación primera. El temperamento de Quiroga lo acerca enseguida a dos escritorios de indiscutible originalidad: Poe y Maeterlink. Poe le seduce con lo anormal y con lo trágico; Maeterlink con lo misterioso y lo vago, con el estremecimiento de lo desconocido. Pero he aquí que las obras que produce Quiroga bajo esta atmósfera —con revelar ya, a trechos, la garra del escritor— muestran demasiado a las claras los modelos en que se apoya. En ellas no vuela libre ni su facultad de observación, ni el arte de su fantasía camina sin tropiezos. En ellas se ven los barrotes de la jaula donde voluntariamente se ha querido encerrar. La jaula es amplia pero es jaula. Los barrotes son de oro, pero son recios. En ellos golpean, inútiles, sus alas. Bajo el signo de la imitación Quiroga no dió ninguna obra maestra.

En un segundo período de su formación, Quiroga aprovecha las enseñanzas de los realistas. Acaso llevado por sus preferencias íntimas, se acerca a las más amargas. Es así cómo lee, por ejemplo,

a Dostoiewski, a Chekhov, a Tolstoy y a Sudermann. No se ha estudiado con detenimiento lo que debe en forma concreta a estos autores. Es posible que la influencia que ejercieron en él sea más espiritual que técnica. Pero lo que sí se puede asegurar es que estos autores lo arrastraron más y más a la tierra; despertaron en él su facultad de observación. No se ve que haya ganado nada su expresión. La expresión de Quiroga, antes y después de sus ensayos, se mantuvo libre. Por esta época conoció también la obra de Kipling. En ella aprendió —parece evidente y es casi ocioso apuntarlo— el arte de hacer hablar a los animales. Aunque mucho de este arte existía ya y debió de conocer sus ejemplos en el espacioso mundo de la literatura primitiva india de América. Leyó también a Max Nordau. Las obras de este autor fueron familiares entre los escritores del Modernismo. Lo mencionan con frecuencia Darío, Gómez Carrillo, Díaz Rodríguez. Max Nordau estudió el patológico del genio y lo anormal en la literatura.

Algunas de sus teorías fueron aceptadas como válidas. Clarín y Unamuno dieron sin embargo, la voz de alarma contra este pseudo filósofo y pseudo escritor. De uno de los escritos de Nordau —tanta influencia recibió de él— Quiroga tomó uno de sus seudónimos.

Alguien apuntó también el influjo de Maupassant. La verdad sea dicha, no parece evidente la presencia de este cuentista francés en la obra del uruguayo. La explicación de tal hecho parece simple. Hay demasiada distancia espiritual entre uno y otro. Maupassant —dentro de la escuela de Zola— es un naturalista que se ocupa del documento humano. Además con harta frecuencia, es satírico. Lo trágico en Maupassant tiene un fondo social y Quiroga no trabaja con este método. No se preocupa de antecedentes. Sus personajes los toma en un momento dado de su existencia y sobre ésta elabora su acción literaria y espiritual. La tragedia de Quiroga tiene un mundo cósmico. Quiroga no sabe sonreír. Su rostro no es de risa sino de mueca. Maupassant es de ciudad; Quiroga de campo. Maupassant trabaja sobre ideas; Quiroga sobre hechos.

Pero al lado de estos valores

técnicos que gravitan con más o menos eficacia en su formación, existen otros de muchísima más energía: uno, diríamos, procede de su trasfondo; del traumatismo que deja en él una serie de hechos ásperos; otro, del escenario en que quiso moverse, guiado por una especie de impulso fatal, indeclinable. Estas dos fuerzas se hincan en su carne de tal modo que la hacen sangrar y florecer. Ambas producen el hábito de tragedia que se percibe en sus escritos y el temblor fatídico que pasa por ellos como imprimiéndoles un acento intemporal e inespecial. De la conjunción violenta de estas fuerzas procede la estructura de su mejor obra.

La primera fuerza es la que procede de la muerte. La muerte parece un signo fatal y determinante en Horacio Quiroga. La muerte en su vida no es un personaje que pasa o que, a distancia, en la penumbra de los años, espera, silenciosa. No. La muerte en su vida es un personaje que actúa en presente, como acechando el momento propicio para dejarse sentir. Es como un animal de presa que no deja escapar oportunidad para asentar su zarpazo. La muerte en su vida: habla, dispone, discurre, manda. Nunca está ociosa. Es un ser impaciente. En Quiroga todo se conjura bajo el signo de la fatalidad. Las muertes así, se atropellan. No dan un punto de reposo al alma de Quiroga. Los golpes se suceden. No hay respiro. En plena adolescencia, en un accidente, mató a su amigo el escritor Federico Ferrando. A su padre lo traen un día acribillado a balazos. Unos dicen: accidente; otros, mejor informados, aseguran: suicidio. El segundo marido de su madre, paralítico en su silla, prepara una escopeta, aplica el cañón y dispara. Lo recogen exámine. Su hermano Prudencio, joven aún, se mata. Nadie habló de causas porque la causa era sencilla: deseo de morir. La primera mujer de Quiroga, allí en la selva, desesperada y angustiada, se suicida también.

Es imposible dejar de pensar en la presión que estos hechos trágicos ejercieron en el espíritu de Quiroga. Debieron de llegar a la entraña misma de su alma. Y mucho más hay que tomarlos en cuenta —para medir el alcance de sus

consecuencias— si se piensa en el temperamento sensible, hasta moribundo, del escritor. No cabe dudar, tales hechos enferman su sensibilidad. La tensión en que vivió debió ser endémica y no epidémica. Y esta constituyó su mejor arma creadora, y, al mismo tiempo, su más tenaz e implacable enemigo.

¡Cómo lucharía con ella para gozar sus frutos y alejar sus espinas! Para fortalecer sus manos en esta lucha nada extraño sería que —como se ha presumido— se valiera de procedimientos artificiales. Pero esta lucha fué consciente. No se diga más que había en él un adarme de insania. Quiroga dispuso de la más tremenda lógica en su pensamiento y en su sensibilidad. Su cerebro funcionaba con estricto acuerdo —hasta en el desvarío— con la razón. Quiroga se entregó a su arte, a la vida, al amor de sus gentes, con cabal dominio de sus fuerzas y de sus motivos. Y si ha de creerse en lo que aseguran los médicos, en la locura lo primero que enflaquece es el sentido del amor. Y con este supuesto Quiroga que amó a todos los seres —propios y extraños— está libre de la más leve sospecha. Acaso, cuando sintió que le flaqueaban las fuerzas de la sensibilidad, no de la razón, prefirió la muerte.

Contribuye a definir la creación de su obra el mundo rústico, selvático que prefirió y logró apasionar. Tal mundo le perteneció como cosa propia. Le perteneció desde antes de conocerlo. Lo adquirió, plenamente, después de varios tanteos, aparentemente ocasionales. A veces hay que creer en el destino. Cuando menos hay que creer en él, después de que se realizan sus enseñanzas. El destino, como el guía de que habla Nietzsche, camina delante. Pero no por ir delante es menos pavoroso. Una serie de contactos parciales primero, más amplios después, lo van acercando al establecimiento definitivo en un mundo primigenio. El primer contacto lo tuvo cuando forma parte de la excursión que organiza Leopoldo Lugones a Misiones. Allí se recrea Quiroga en el mundo de aquellas soledades —refugio propicio de fieras y de hombres sin ley. Después, con ánimo de buscarse el pan o acaso de tentar la fortuna, se refugia un tiempo en la región del Chaco. Pe-

ro es posteriormente —al ser nombrado juez de paz— cuando penetra en el mundo de la selva. Se instala en San Ignacio, en el corazón de Misiones. Durante siete años —algunos biógrafos indican nueve— no sólo vive sino también convive la atmósfera del campo. Se adueña de su fauna y de su flora; penetra en su idioma, sólo aparentemente confuso; y se entrega sumiso y rebelde, a su misterio.

El paisaje de aquel mundo no se convierte en decoración plástica, propicia para enmarcar idilios románticos como acontece en la *María* de Jorge Isaac, ni en entidad fatal, asesina, como sucede en la *Vorágine*, de José Eustasio Rivera. No. El paisaje para Quiroga es parte misma, ni buena ni mala —la naturaleza no tiene moral— del elemento vital que en ella se desenvuelve.

Aquel mundo se va abriendo delante de sus ojos. Su espíritu, poco a poco, penetra en la sombra encendida de semejante medio. Sus seres se le entregan iracundos y dóciles; inteligentes y torpes. Pronto advierte que aquel predio no es ni arracional ni fatal porque, en la primitiva estructura de su género, responde a una lógica que, por ciega, deja de ser fecunda y certera. Un sentido mágico le gobierna aunque no siempre le explique. Quiroga acaba por adueñarse de sus voces y de sus silencios. De ellos ha de sacar el material de su obra. El milagro de la transfiguración lo va a realizar con genio creador. En este proceso advierte que los animales por lo mismo que conviven en un mundo propio, obran con lógica ejemplar; viven por la especie más que por el individuo; en tanto que los hombres que se refugian en la selva, desprovistos de armas naturales de defensa y de sobrevivencia, se vuelven torpes y viven por el individuo y no por la especie. El animal —en manos de Quiroga— se humaniza, en tanto que el hombre se embrutece. En ambos casos se hacen antinaturales. De esta violencia surge la tragedia de la obra de Quiroga. En esta tragedia está entreverada la propia vida del autor. Sus cuentos llevan jirones de su más recóndita existencia. El resumen de su obra es su propia vida. Uero tal vez por esto mismo el escritor actúa como a distancia de

los hechos. En su defensa: sabe que las llagas propias no han de ser tocadas. La mujer, las mujeres mejor dicho, pasan por sus cuentos como seres inefables. El enigma de la vida primitiva lo adivina; de sus soluciones, desprende el milagro de sus cuentos.

En cuanto al idioma Quiroga nos da una lección elocuente, que es válida por sus aciertos y por sus impurezas. Pasados los primeros tiempos decadentes Quiroga avanza en sinceridad más que en originalidad. Lo sincero es de hombres, lo original es de literatos. Afirmándose en sí mismo, buscando la concordancia debida entre la idea y la palabra, se alejó, con brusquedad, si se quiere, de todo artificio. No se atuvo más a mo-

delos: ni viejos ni nuevos. Se apartó del estilo ampuloso romántico, del rígido académico y del precioso modernista. Rehuyó también el arcaísmo que ya se sentía senir en las letras tanto españolas como americanas. Nada ni de lejos, lo ata a semejantes cánones. Quiroga trajo su estilo y por suyo lo hizo intarnsferible. Su expresión no se parece a ninguna, sin que por esto se piense que sea individual. No. No se parece a nadie precisamente porque no es original. El ritmo, la entonación de su prosa varía según los temas y los asuntos que aborda. Ninguna forma de prosa americana más auténtica que la de Quiroga. Tiene caídas y descuidos pero no fallas de gusto. A veces tropieza con la gramática, nunca con el espíritu del idioma.

En ocasiones, con más frecuencia de lo que se cree, logra páginas de una elegancia, de una fuidez, capaces de consagrarlo como ejemplar clásico. Forma y fondo en Quiroga son una misma cosa, porque aquella no es sino la expresión de ésta. Cuando la relación de ambas se altera es que el artista o simula o fracasa. Y Quiroga ni simula ni fracasa jamás. Su terreno es la síntesis de una expresión basada en la lengua propia. Quiroga es el primer cuentista americano y uno de los primeros creadores del más natural idioma americano. Los Cuentos de amor, de locura y de muerte, los Cuentos de la selva y los contenidos en el tomo titulado Anaconda, han de quedar como valores ejemplares entre nuestra literatura.

134074 *Quiroga*

La Lluvia

POR RODOLFO CRISTOBO

La lluvia es la vida

cayendo en los campos,

*es vida, que surge después de la espiga
del trigo dorado,*

*que eleva la fuerza pujante y verdosa
que venen los pastos,*

*que cuelga en las ramas promesas de brotes,
cosecha del árbol,*

*que pone estrellitas divinas de nácar,
en cada naranjo*

*y vuelca en los hombres, la humana esperanza
de que haya trabajo!*

o o o

Que siempre la tierra

reciba a su tiempo, la gracia del baño!

“NADA”

Va dejando en nuestros días de ser raro el caso de la mujer joven que triunfa en la literatura. En los Estados Unidos Carson McCuller, hoy en boga en los países europeos, sorprendió, a los 21 años a los críticos, con *EL CORAZON ES UN CAZADOR SOLITARIO*. Natercia Couto, con veinte primaveras tan solo, escribe en Portugal la inquietante obra *PRELUDIOS* que la corona de prestigio. En España el fenómeno que ha dado que hacer a los comentaristas ha sido el de la catalana Carmen Laforet, que a los 23 años obtuvo en refido concurso el premio “Juguenio Nadal” para su novela *NADA*.

Laforet era del todo desconocida. Su victoria no dejó de suscitar protestas directas o embozadas en quienes no podían concebir que de la noche a la mañana se alcanzase la fama literaria; se le tachó de imitadora de Emily Bronte y se le hicieron otros reparos encaminados a reducirle los méritos. Pero hubo también los artículos laudatorios, suscritos por letrados de valía; y sobre todo el público dió su fallo, en última instancia, devorando la novela. En 1945 se agotaron en España rapidísimamente tres copiosas ediciones. Sólo de la segunda de las realizadas en 1946 hemos podido obtener en Colombia un ejemplar hace pocos semanas. *NADA* fué en la península el mejor éxito editorial de 1945.

¿A qué se debe tan extraordinario resultado? ¿Acaso a la potencia de un extraño y tremendo argumento? ¿O quizás a las fulguraciones de un estilo esmaltado de profundas y revolucionarias sentencias, a la par que de impresionantes figuras retóricas? ¿Tal vez a las melodías de una prosa medularmente poética?

Sin que podamos afirmar que el argumento es baladí o que el estilo es de impersonal simplicidad, lo evidente es que en tales elemen-

La celebrada novela de Una muchacha de 23 años

tos no basa *NADA* sus apasionantes calidades.

Constituyen el medio del libro los meses que vive angustiosamente una ingenua muchacha universitaria en medio de varios miembros anormales de su familia. El relato hecho en primera persona, se desenvuelve en una prosa agradable, en que lo característico no es precisamente la corrección académica.

Sí por aquí no encontramos la clave de las excelencias de *NADA*, pasemos a otras partes.

Lo primero que señalamos es la actualidad de la novela, su vinculación a nuestro tiempo, al medio en que fué engendrada. Los personajes alcanzaron a ser asignados por la guerra civil española última. De ella arrancan sus desvíos psíquicos, su dureza, su tragedia vital. Y la acción se cumple cuando en España repercuten los dolores de la gran contienda apocalíptica de la que aún Europa no logra reponerse. Andrea, la agreste y encantadora heroína, es asediada por los problemas de todos los estudiantes pobres de hoy. *NADA* es un reflejo de nuestra época; por eso nos llega tan al corazón.

También nos cautiva por su espontaneidad. La vida de los protagonistas y la prosa se van desarrollando con llana naturalidad sin calculados retorcimientos ni saltos aparatosos, recurso éste de más de un escritor contemporáneo. Carmen Laforet llevaba desde hacía días su novela dentro de

POR

FRANCISCO JAVIER YANEZ

sí, había tal vez sacado la simiente de la realidad y hechola crecer en su fantasía. De pronto sintió que la frente se le iba a romper, golpeada por la obra prisionera; y evitó la catástrofe dejándola salir por los gavilanes de su pluma, y la dejó correr libremente. Escribió sin pensar siquiera en que sus cuartillas podían llegar a ser publicadas. Por eso es injusto hablar de imitación al referirse a *NADA*, páginas sinceras, sencillas, fuertemente personales.

Nos parece que la mayor virtud de Laforet es la magistral y no aprendida caracterización de los personajes. Sin quebrarse la cabeza con las complicaciones de los tratadistas de psicología o de psicopatología, impulsada por la intuición de innata novelista, les va dando a sus criaturas lineamientos inconfundibles, rostro de singularidad y actos acondicionados a las calidades intrínsecas. Tienen tanta verdad artística estos seres, y su conducta está tan en armonía con ellos mismos, que ha habido comentadores que han creído en un auténtico recuento auto-

biográfico. Para ellos Andrea es el pseudónimo de la autora y cuanto ésta narra ha sido trasladado de su desgarrante experiencia.

Este rigor en el comportamiento de los protagonistas es tal que en ocasiones se impone por encima de la intención atenuante de la autora. Así pasa con la abuela semi-imbecilizada, a quien Laforet da a veces retoques de grandeza sin conseguir deshacer la imagen original. La gradual presentación de los antecedentes de los héroes, de la que resultan de un momento a otro insospechadas pero naturales conexiones entre ellos, completa muy vivamente esta definida potencia caracterizadora.

Pone también de relieve la consonancia de la novelista con su era, su dedicación al personaje. La acción no es cortada jamás por las digresiones históricas, filosóficas o "paisajistas". Para Laforet lo importante es el hombre. No es que descuide los escenarios; los dibujos con inobjetable colorido y pincel detallista. En sus descripciones los elementos se agrupan en número considerable, pero un extraordinario donde de síntesis logra contener el paisaje en sus límites, sin perjuicio de la estatura y del esplendor de los protagonistas. Admirable cualidad ésta que debe adoctrinar a los novelistas en nuestro maravilloso mundo americano, acostumbrados a abandonar al hombre para extasiarse ante las múltiples y prepotentes manifestaciones de la naturaleza física.

Hemos dicho que las descripciones de Laforet con ser breves encierran gran cantidad de componentes. Es observadora, minuciosa y de fina captación. Quizás por ello para algunos su obra no ofrece hirientes muestras de inventiva. A este error de apreciación contribuye también la creencia de que NADA es una autobiografía y no una simple novela. Mas lo cierto es que Carmen Laforet posee suficiente capacidad imaginativa y que ésta trabaja sobre el clásico realismo español. EN NADA la realidad llega hasta la producción de frases fuertes, que no riman con la predominante delicadeza femenina del libro, pero que con todo no pueden ser tachadas por demasiado crudas.

Esta delicadeza de muchacha para quien el mundo guarda inagotables océanos de ilusiones, forma

otra de las grandes virtudes de NADA. La existencia casi luciférica de los parientes de Andrea, la tenebrosidad en que se envuelve la casa que habitan, la intensidad y bajeza de las pasiones que arden a lo largo de la narración, los contrastes de posiciones sociales y de temperamentos, las implacables garras de la miseria y los estallidos de histerismo con que a cada rato nos enfrentamos, no causan sin embargo, la sacudida violenta del alma, no nos sumen en la terrible desolación, porque sobre todo aquello ha pasado un leve barniz de ternura el alma delicada de Carmen Laforet. La femineidad delicada ha esfumado los tonos tétricos y sangrientos. NADA es como esas píldoras amargas cubiertas de azúcar, que engañan amablemente los sentidos.

Siendo todo esto así, teniendo la obra tan complejos y valiosos factores, si vamos a considerar el conjunto de la trama, veremos que se formó con fibras vulgares, con sucesos de todos los momentos, con "nada" en una palabra. De ahí el acierto del título. Esta novela es una bella ampliación y una fiel demostración de su epígrafe, tomado del poema "Nada" de Juan Ramón Jiménez:

A veces un gusto amargo,
un olor malo, una rara
luz, un tono desacorde,
un contacto que desgana,
como realidades fijas
y nos parecen que son
nuestros sentidos alcanzan,
la verdad no sospechada...

Para confirmar en parte lo que venimos sosteniendo, rematamos con las siguientes páginas de NADA:

EL TIO ROMAN

"Yo, honradamente, no me creía fascinada por Román; casi al contrario, a menudo le examinaba con frialdad. Pero en las raras noches en que Román se volvía amable después de la cena, siempre borrascosa, y me invitaba: "¿Vienes, pequeña?" yo me sentía contenta. Román no dormía en el mismo piso que nosotros: se había hecho arreglar un cuarto en las guardillas de la casa, que resultó un refugio confortable. Se hizo construir una chimenea con ladrillos

antiguos y unas librerías bajas pintadas de negro. Tenía una cama turca y, bajo la pequeña ventana enrejada, una mesa muy bonita llena de papeles, de tinteros de todas épocas y formas con plumas de ave dentro. Un rudimentario teléfono servía, según me explicó para comunicar con el cuarto de la criada. También había un pequeño reloj, recargado, que daba la hora con un tintineo gracioso, especial. Había tres relojes en la habitación, todos antiguos, adornando acompasadamente el tiempo. Sobre las librerías, monedas, algunas muy curiosas; lamparitas romanas de la última época y una antigua pistola con puño de narcar.

Aquel cuarto tenía insospechados cajones en cualquier rincón de la librería y todas encerraban pequeñas curiosidades que Román me iba enseñando poco a poco. A pesar de la cantidad de cosas menudas, todo estaba limpio y en un relativo orden.

—Aquí las cosas se encuentran bien, o por lo menos eso es lo que y procuro... A mí me gustan las cosas—se sonreía—; no creas que pretendo ser original con esto, pero es la verdad. Abajo no saben tratarlas. Parece que el aire está lleno siempre de gritos... y eso es culpa de las cosas, que están asfixiadas, doloridas, cargadas de tristeza. Por lo demás, no te forjes novelas; ni nuestras discusiones ni nuestros gritos tienen causa, ni conducen a un fin... Qué te has empezado a imaginar de nosotros?

—No sé,

—Ya sé que estás siempre soñando cuentos con nuestros caracteres.

—No...

Román enchufaba, mientras tanto, la cafetera exprés y sacaba no sé de donde unas mágicas tazas, copas y licor; luego, cigarrillos.

—Ya sé que te gusta fumar.

—No: pues no me gusta.

—¿Por qué me mientes a mí también?

El tono de Román era siempre de franca curiosidad respecto a mí.

—Sé perfectamente todo lo que tu prima escribió a Augustias... Es más, he leído la carta, sin ningún derecho, desde luego, por pura curiosidad.

—Pues no me gusta fumar... En

el pueblo lo hacía expresamente para molestar a Isabel, sin ningún otro motivo. Para escandalizarla, para que me dejara venir a Barcelona, por imposible.

Como yo estaba ruborizada y molesta Román no me creía más que a medias, pero era verdad lo que le decía. Al final aceptaba un cigarrillo, porque los tenía siempre deliciosos y su aroma sí que me gustaba. Creo que fué en aquellos ratos cuando empecé a encontrar placer en el humo. Román se sonreía.

Yo me daba cuenta de que él me creía una persona distinta; mucho más formada, tal vez más inteligente y desde luego hipócrita y llena de extraños anhelos. No me gustaba desilusionarle, porque vagamente yo me sentía inferior; un poco insulsa con más sueños y mi carga de sentimentalismo, que ante aquella gente procuraba ocultar.

Román tenía una agilidad enorme en su delgado cuerpo. Habla siempre conmigo en cuclillas junto a la cafetera, que estaba en el suelo, y entonces parecía en tensión, lleno de muelles bajo los músculos morenos. Luego, inopinadamente, se tumbaba en la cama, relajadas las facciones como si nunca hubiera de levantarse de allí. Casi como si se hubiera echado para morir fumando.

A veces, yo miraba sus manos, morenas como su cara, llenas de vida, de corrientes nerviosas, de ligeros nudos, delgadas. Unas manos que me gustaban mucho.

Sin embargo, yo, sentada en la única silla del cuarto frente a su mesa de trabajo, me sentía muy lejos de él. La impresión de sentirme arrastrada por su simpatía, que tuve cuando me habló la primera vez, no volvió nunca.

Preparaba un café maravilloso, y la habitación se llenaba de vahos cálidos. Yo me sentía a gusto allí, como en un remanso de la vida de abajo.

—Aquello es como un barco que se hunde. Nosotros somos las pobres ratas que, al ver el agua, no sabemos qué hacer... Tu madre evitó el peligro antes que nadie marchándose. Dos de tus tías se casaron con el primero que llegó con tal de huir. Sólo quedamos la infeliz de tu tía Angustias y Juan y yo, que somos dos canallas. Tú, que eres una ratita despistada, pero no tan infeliz como parece, llegas ahora.

—¿No quieres hacer música hoy, dí?

Entonces Román abría el armario en que terminaba la librería y sacaba de allí el violín unos cuantos lienzos arrollados.

—¿Tú sabes pintar también?

—Yo he hecho de todo. No sa-

bes que empecé a estudiar medicina y lo dejé, que quise ser ingeniero y no pude llegar a hacer el ingreso? También he empezado a pintar de afición... Lo hacía mucho mejor que Juan, te aseguro.

Yo no lo dudaba; me parecía ver en Román un fondo inagotable de posibilidades. En el momento en que, de pie junto a la chimenea, empezaba a pulsar el arco, yo cambiaba completamente. Desaparecían mis reservas, la ligera capa de hostilidad contra todos que se me había ido formando. Mi alma, extendida como mis propias manos juntas, recibía el sonido como una lluvia la tierra áspera. Román me parecía un artista maravilloso y único. Iba hilando en la música una alegría tan fina que traspasaba los límites sin nombre. La música de Román, que nunca más he vuelto a oír.

El ventanillo se abría al cielo oscuro de la noche. La lámpara encendida hacía más alto y más inmóvil a Román, sólo respirando en su música. Y a mí llegaban en oleadas, primero ingenuos recuerdos, sueños, luchas, mi propio presente vacilante, y luego las agudas alegrías, tristezas, desesperación, una crispación impotente de la vida y un anegarse en la nada. Mi propia muerte, el sentimiento de mi desesperación total hecha belleza, angustiosa armonía sin luz".

BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

Para el mejor servicio en el país cuenta con Agencias en

AGUADULCE
ALMIRANTE
BOCAS DEL TORO
COLON
CONCEPCION
CHITRE

DAVID
LAS TABLAS
OCU
PENONOME
SANTIAGO
PTO. ARMUELLES

DIRECCION: Avenida Central 107

Telegráfica Banconal
Central Privada: 2-0920

Talleyrand o la Inteligencia

POR MANUEL GARCIA MORENTE

Qué no se habrá dicho de Talleyrand! Enumerar los epítetos que se han prodigado sería interminable: astuto, inmoral, fresco, traidor, diabólico, comediante, egoísta, avaro ambicioso... toda la liral. Pero parece ser que en definitiva el eje de la personalidad de Talleyrand fué simplemente la inteligencia. El príncipe de Benevento fué el hombre más inteligente de su tiempo y aun quizá de todos los tiempos. Ahora bien: la inteligencia, la verdadera inteligencia es tan poco corriente entre los hombres, que su existencia y actuación produce estupor y con la admiración que despierta mézclase un vago sentimiento de terror, como si se tratara de una fuerza sobrehumana —o infrahumana— demoníaca, mágica y casi criminal. Está averiguado, sin que haya lugar a la menor duda, que Talleyrand, durante su juventud episcopal, vendió su alma al diablo, el cual, a cambio de ella, le concedió la facultad de ver la realidad tal y como es. Con esta sencilla ventaja pudo el obispo de Autun vivir la vida más extraordinaria que se registra en la historia humana, atravesar triunfante la Revolución, el Imperio, la Restauración, vencer a Napoleón, imponerse a reyes y a pueblos y salvar a Francia de la desastrosa política practicada por el Emperador.

La facultad de ver las cosas como son, supone por lo menos cinco requisitos, cada uno de los cuales es ya por sí sólo una rareza, y

los cinco juntos constituyen una coyuntura tan extraordinaria y difícil de obtener, como sería que, derramando sobre el suelo una caja de letras tipográficas, resultara el soneto a Violante. He aquí los cinco requisitos aludidos.

Primero.—Querer ver la realidad, vencer el hermetismo natural del hombre, sentir interés por lo que hacen, dicen y piensan los demás humanos, informarse, abrir los ojos y los oídos a las cosas.

Segundo.—Discernir la falsa de la verdadera realidad, descubrir lo que verdaderamente hay tras de lo que aparece jerarquizar debidamente la importancia relativa de los síntomas.

Tercero.—Ahuyentar las falaces ilusiones, es decir, no proyectar fuera, en la realidad, lo que son meros deseos y anhelos de nuestra propia fantasía; en suma, no creerse que existe lo que quisiéramos que existiese o que no existe lo que no quisiéramos que existiese. (Este requisito es particularmente difícil de cumplir).

Cuarto.—Saber muy claramente lo que se quiere conseguir y el límite a que está dispuesto a llegar para conseguirlo.

Quinto.—No vacilar la finalidad de la acción propia al exclusivo provecho personal—lo cual revelaría escasez de horizontes—sino incluirla en una aspiración superior a las apetencias puramente individuales.

Y justamente la armoniosa concatenación de estos cinco requisitos constituía el juego fácil, natural, por decirlo así, espontáneo de la inteligencia de Talleyrand. La figura de este hombre formidable está ya saliendo de los vapores que la envolvía, y empieza a refulgir en la Historia con un perfil neto y claro. Algunos libros recientes han contribuido de modo importantísimo a esta depuración. Ahora advertiremos que Talleyrand el Proteo de todos los partidos, servidor y renegado de todos los regímenes, el obispo que se hizo revolucionario, luego Ministro de Napoleón, y en fin, consejero de la restauración, el sinuoso traidor de todas las causas fue un hombre rectilíneo que inquebrantablemente se mantuvo fiel a la inteligencia, es decir, a su visión certera de la realidad.

Desde el principio hasta el final de su vida, Talleyrand tuvo una idea, una visión clara y justa de la realidad política, y la persiguió inquebrantablemente, adaptándose con perfecta prudencia y clarividente penetración a todas las vicisitudes efímeras.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE

5 DE AGOSTO DE 1950 AL 26 DE AGOSTO

DE 1951

FECHA:			SORTEO:	PRIMERO	SEGUNDO:	TERCERO:
AGOSTO	6	_____	1639	6059	3252	6264
"	13	_____	1640	6250	8072	6117
"	20	_____	1641	8993	0872	8596
"	27	_____	1642	4641	5414	5448
SEPTIEMBRE	3	_____	1643	2563	1817	2214
"	10	_____	1644	8435	3243	6079
"	17	_____	1645	6388	2951	0984
"	24	_____	1646	3948	0607	2321
OCTUBRE	1	_____	1647	8800	0835	0165
"	8	_____	1648	7377	9990	0589
"	15	_____	1649	9363	7053	8076
"	22	_____	1650	9776	8662	4339
"	29	_____	1651	6739	5592	2691
NOVIEMBRE	5	_____	1652	0370	9247	7626
"	12	_____	1653	5710	6498	6175
"	19	_____	1654	2298	3587	3448
"	26	_____	1655	6006	2959	4845
DICIEMBRE	3	_____	1656	6777	2071	9088
"	10	_____	1657	5355	4650	4227
"	17	_____	1658	8798	8030	9215
"	24	_____	1659	9655	8745	9262
"	31	_____	1660	2595	1774	2410
ENERO, 1951.	7	_____	1661	7697	6346	7464
"	14	_____	1662	8682	2231	7740
"	21	_____	1663	4287	1143	5356
"	28	_____	1664	6271	0686	6506
FEBRERO	4	_____	1665	4129	2416	7630
"	11	_____	1666	6976	5325	9950
"	18	_____	1667	6203	1642	1224
"	25	_____	1668	4819	8801	1322
MARZO	4	_____	1669	2649	1738	9887
"	11	_____	1670	7201	6655	2139
"	18	_____	1671	6420	1623	6338
"	25	_____	1672	8312	6939	3377
ABRIL	1	_____	1673	5367	9822	7977
"	8	_____	1674	2546	0270	8531
"	15	_____	1675	8182	9955	6201
"	22	_____	1676	3988	2253	3671
"	29	_____	1677	7913	1467	7757
MAYO	6	_____	1678	0758	4802	6911
"	13	_____	1679	1628	5472	7397
"	20	_____	1680	3907	8669	7508
"	27	_____	1681	2856	2277	9916
JUNIO	3	_____	1682	8824	3786	9813
"	10	_____	1683	7646	5402	5866
"	17	_____	1684	0352	8927	8690
"	24	_____	1685	0051	0360	5555
JULIO	1	_____	1686	7145	6791	1244
"	8	_____	1687	4677	9761	4459
"	15	_____	1688	3915	3794	5431
"	22	_____	1689	5343	9950	7052
"	29	_____	1690	6480	6497	4074
AGOSTO	5	_____	1691	5460	7511	1813
"	12	_____	1692	1582	1719	1882
"	19	_____	1693	8090	5024	4691
"	26	_____	1694	4034	7895	8333

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)



TIPOGRAFIA
LITOGRAFIA
FOTOGRAFADO
RELIEVE
ENCUADERNACION
PAPELERIA

≡ **EL MEJOR EQUIPO** ≡

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA

PANAMA, R. DE P.

Teléfono 696

Apartado 159

NUMERO 8

CALLE DEMETRIO H. BRID

No. 8

Canto a los forjadores

de la Justicia y la Libertad

Anda, levanta tu azadón, labriego,
que amanece en la noche la mañana!
Anda, tu martillo levanta compañero
del hierro y de la escuadra! Albañil:
haz hervir tus cales pronto. Vamos,
que ya asoma la luz en los andamios!

Toma tú también tus herramientas, médico.
Hoy la sangre galopa por las arterias
y sus pisadas tiemblan en el cuerpo.
Tus plumas tú, poeta, periodista;
y tú el cuchillo, descuartizador.

Anda prepara tu fusil, armero!
Ponte el hacha al hombro, leñador;
empuña tu hoz, labriego.

Y tú, toguista, alienta el fuego
que ha de hacer crugir los leños
y voltear la rueda. Maquinista:
tu puesto aquí, severo el ojo!
Ya platea los barro del camino
un sol de acero.

Y ahora, todos a una, vamos!
La pereza hay que vencerla, compañeros.
con los brazos y con puños bien nervados
templados en la espera del encuentro!

Alegría del surco!

De los surcos de la tierra y del cerebro.

Ya está aquí, ya está aquí
la serena beatitud de la mañana
y, al fin, un son de paz triunfando
en el trabajo!

El hombre ríe,
y una vez más, llenando los huecos
de los suelos,
curva y curva su figura lenta.

Vamos a darle entonces un puñetazo sonoro,
a la boca cerrada del recuerdo, amigos;
al pasado, que es la sombra de la realidad
con sol de frente.

Trepados en el mástil más blanco de la noche
gritemos nuestra victoria aquí,
sobre el recuerdo,

como pariendo el alba!
Amigos: cuando se tiene los ojos firmes
mirando el horizonte.

"Día llegará en que el mundo será de
la Paz, la Libertad y la Justicia. Y el
lodo que guardó para el hombre, será
sólo el recuerdo de un instante en que
la humanidad se agitó entre las furias
desatadas de fuerzas que coincidieron en
destruir y reconstruir, amasando con mi-
seria y hambreado con dolor. Y que
fueron capaces de sobrevivir al llanto or-
ganizado que se trocó en dientes blancos,
y al grito que saltó a la risa llevando
de la mano una cadena de hombres que
no vanamente se llaman hermanos".

Ernesto Maya (h.)

"El Gran Parto".

No hay que volver la cabeza nunca
aunque suenen rumores en la espalda
del viento.

Aquí está el blando pan dorando su corteza
al humo de la mañana,
la primera caricia, la primera idea
y el primer martillo levantado. Tuyos son!
Detrás, la orilla doblada del camino;
adelante, ese campo de arroz todo muy verde.

No cantemos la canción "De dónde vengo";
alcemos fuerte el himno "A dónde voy".

Hundámonos en la segura huella
y con liviana ala
daremos siempre el salto hasta la nubl

Un puñetazo sonoro;
vamos a darle un puñetazo sonoro, pues,
al pasado, compañeros,
en la boca maldita del recuerdo;
porque ahora la vida comienza, la senda
y la canción,
en la alegría del surco que labrasteis,
en la eterna música libertaria del viento
y en la gloria del amor reconquistado!

Emilio UCAR.